



The Library
of the
University of North Carolina



Endowed

Pr

PQ 6217

.T44

vol. 20

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6217
.T44
vol. 20
no. 1-14

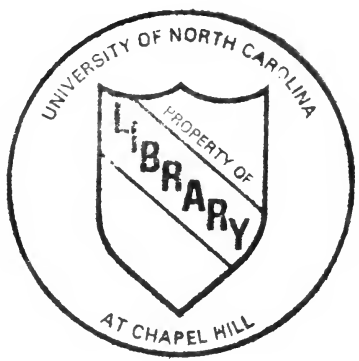


a 00002 33989 2

SF

BUS

F4-
.T4-



SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

7008

El Nido

COMEDIA EN DOS ACTOS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1901.



EL NIDO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL NIDO

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO LARA el 31 de Octubre de 1901



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—
1901

AL SEÑOR

Don Luis Montoto y Hantenstrauch

poeta del hogar .

en testimonio de admiración y cariño

Los Autores

REPARTO



PERSONAJES

ACTORES

TERESITA.....	SRTA. SUÁREZ.
DOÑA JOSEFA.....	SRA. VALVERDE.
MARTA.....	SRTA. DOMUS.
DOÑA FEDERICA.....	ALBA.
CANDIDITA.....	RODRÍGUEZ.
RAMONA.....	ZIUR.
RAIMUNDA.....	QUIJADA.
JAIME.....	SR. SANTIAGO.
DON PABLO.. .	ROMEA.
REQUEJO.....	RODRÍGUEZ.
LEOPOLDO.....	MONTENEGRO.
DON CARMELO.....	VIGO.
ROQUITO.....	BARRAYCOA.
DON ABEL.....	VALLE.



ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de Jaime, en Madrid. Es un nido de amores, sin estrenar todavía. El papel de las paredes de fondo verde pálido: se conoce que está elegido por la amante pareja. Al foro hay una puerta, á la izquierda otra y á la derecha un balcón. Alfombra clara. Muebles, cuadros y telas relativamente modestos, pero coquetones y elegantes. A la derecha de la puerta del foro sofá y butacas. En los rincones dos columnas, con sendas figurillas de bronce muy llamativas y vistosas. La que hay en la columna de la derecha del actor es de hombre y la de la izquierda de mujer. Todo ello limpio y flamante, esperando á sus dueños, y colocado con escrupulosa simetría. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

JAIME y LEOPOLDO

(Salen por la puerta del foro, unos momentos después de haberse levantado el telón. Vienen jadeantes, y su hablar al principio es fatigoso y entrecortado. La razón es clara: el nidito está en piso quinto y no hay ascensor todavía.)

- LEOP Chico... la casa... parece muy alegre... pero esto es vivir en las nubes...
- JAIME En el cielo... dirás...
- LEOP. Llámale hache... Está más alto que mi estudio...
- JAIME Asómate... asómate á ese balcón... tú que eres artista... verás qué panorama...
- LEOP. (Asomándose al balcón.) Hermoso, Jaimillo...

Se ve todo Madrid... Ganas dan de echarse á volar.

JAIME ¿No es verdad que vale la pena de vivir tan alto? Sobre que el casero ha prometido poner muy pronto el ascensor. Además, á Teresita no le gustan los bajos. Ni á mí tampoco... excepción hecha de los bajos de Teresita. (Riéndose candorosamente.) ¡Ji, ji, ji!...

LEOP. Estás empalagoso de felicidad.

JAIME ¿Y crees tú que el caso es para menos? Fíjurate que pasado mañana seré dueño y señor de este nido de amores... ¡Y qué palomita traigo á él! Como que ella será la dueña y la señora; yo, su esclavo Y á propósito; aguarda. (Asomándose á la puerta del foro y llamando.) ¡Ramona! ¿No ha venido nadie?... ¿Ni han traído nada de casa de la señorita?... Está muy bien. (Volviendo al lado de Leopoldo.) Te advierto que la criada es un ángel del Paraíso.

LEOP. Lo creo.

JAIME Y la portera otro.

LEOP. También lo creo.

JAIME ¿Pero qué te pasa, criatura? Hay que sacarte las palabras con sacacorchos... ¡Ah, caramba! que no tenemos sacacorchos. (Escribiendo en un librito de apuntes que lleva en el bolsillo.) «Comprar un sacacorchos.» ¿Qué haces que no te ríes, que no gozas conmigo, que no te entusiasmas con todo lo que ves? Y ten en cuenta que este gabinete es lo peorcito de la casa... Me gusta graduar los efectos... Ya verás el comedor: aquello es un sueño de verano... Ya verás la alcoba... ¡ay qué alcoba! Aquello es un amanecer de primavera... Leopoldo de mi vida, ¡cásate!

LEOP. Sí, sí...

JAIME Cásate. Cásate y verás.

LEOP. ¿Tú qué sabes, si no te has casado todavía? (Se sienta en una silla.)

JAIME Pero ¿hay más que mirar en torno nuestro para convencerse de que es la gloria donde estamos?—No te apoyes mucho, que esas sillitas son de mírame y no me toques.

- LEOP. Descuida.
JAIME ¿Quién no adivina aquí la mano primorosa de una mujer? ¡Bendita sea ella! Mira qué orden, qué simetría, qué buen gusto... Besaría de buena gana estos muebles y estas figuras, creyendo que la beso... Todo cuanto ella toca adquiere una gracia, una luz... ¡Cástate, Leopoldo!
- LEOP. (Levantándose y dejando la silla de cualquier manera.) Chico, me estás poniendo más nervioso que entré.
- JAIME (Colocando la silla con gran cuidado en el sitio en que estaba.) Hombre, hombre. Pero ¿es que te pone nervioso mi felicidad?
- LEOP.º Sí. Me muero de envidia.
JAIME Gana de envidiar es eso, Leopoldo.
LEOP. (Cogiendo otra silla y sentándose.) Gana de envidiar, sí, gana de envidiar...
- JAIME (Con el alma en cada silla que coge Leopoldo, el cual, inquieto y desasosegado, maldito si se ocupa de cuidar los muebles.) Pues ¿qué tengo yo que tú no tengas? Salud no te falta; dinero te sobra; tu posición es más brillante que la mía: yo soy un abogadete sin pleitos y tú eres un pintor de renombre; buena elección la has demostrado: tu novia es una Venus... con ropa... ¿Qué más quieres?
- LEOP. Mi novia, mi novia.. (Se levanta y pasea.)
JAIME (Poniendo bien y en su sitio la silla, como antes.) Pero ¿no te puedes estar quieto?
- LEOP. (sin oírlo.) ¡La que fué mi novia! (Se monta en otra silla y apoya los brazos en el espaldar.)
- JAIME (¡Adiós!) ¿Has reñido con ella?
- LEOP. Sí
JAIME ¿Cuándo?
LEOP. Anoche.
JAIME ¿Pues no la querías tanto?
LEOP. Ahí verás tú.
JAIME Como no te expliques...
LEOP. ¡Estos celos ridículos que siento van á acabar conmigo! (Levántase de nuevo y vuelve á pasearse en todas direcciones.)
- JAIME (Tornando á colocar la silla en su sitio y limpiándole cualquier palito con saliva.) (Y conmigo.) ¿Pero á

quién se le ocurre tener celos de una criatura como Marta? Eres un animal.

LEOP. Lo sabía. Y tú otro.

JAIME. Yo no lo sabía.

LEOP. Pues ya lo sabes. (Cogiendo una figurilla y accionando descompuesto con ella en la mano. Jaimito no le quita ojo.) ¡Eres un animal, desde el momento en que imaginas que dominar los celos está en la mano de los hombres!

JAIME. Pues mira que tú, que te has creído que mi casa es un bosque virgen...

LEOP. Jaime, compadéceme. ¿Comprendes ahora que te envidie? ¿Comprendes mi tormento? ¿Me dejas que me tire por el balcón?

JAIME. (Quitándole la figura de la mano y poniéndola donde estaba, con cuidado y mimo.) ¡De ninguna manera! (Es loco de atar.)

LEOP. ¡Soy muy desgraciado! ¡muy desgraciado! (Desplómase en el sofá del foro)

JAIME. (Como si se le hubieran sentado encima á él.) ¡Atiza! Hombre, que el sofá es muy poquita cosa...

LEOP. (Golpeando un brazo del propio sofá.) ¡Tengo una rabia contra mí mismo! ¡un deseo de violencia!..

JAIME. ¿Te es igual darme á mí en un hombro?

LEOP. ¡De mejor gana que lo digo haría pedazos todo esto!

JAIME. (Aterrado.) Mira, vamonos á dar por ahí una vueltecita. La tarde está hermosa...

LEOP. No, no; vueltas no, que me la puedo encontrar á ella.

JAIME. Como te la encuentras es si sigues aquí.

LEOP. ¿Qué dices?

JAIME. Va á venir luego con su tío.

LEOP. ¡Imbécil!

JAIME. ¿Quién?

LEOP. Su tío.

JAIME. ¡Ah!

LEOP. Jaime, quiero tanto á esa mujer, que estoy resuelto á no hacer las paces con ella.

JAIME. ¡Qué determinación más lógica!

LEOP. Sé que nunca será dichosa á mi lado, y como lo sé, me alejo del suyo. Ya ves si le tengo cariño...

- JAIME Lástima me estás dando.
LEOP. (Sublevándose.) ¡Pues yo no quiero que nadie me tenga lástima!
JAIME Vaya, no sé cómo acertar.
LEOP. (Echándole mano á otra silla y dando un golpe con ella en el suelo antes de sentarse.) ¡Anoche estuve a verla por última vez! ¡No vuelvo; no vuelvo á su casa!
JAIME (¡Donde no vuelves es á la mía!)
LEOP. ¡Me iré de Madrid! ¿A cuántos estamos?
JAIME A quince.
LEOP. ¿A quince?
JAIME Hombre, por cierto que no tenemos almanaque. (saca el librito de apuntes y escribe.) «Un almanaque con un cromó bonito.» (sintiendo que alguien llega y asomándose al foro.) ¿Quién es?
LEOP. (Levantándose de un salto.) ¿Será Marta?
JAIME No, hombre, no: es mi padre. (Pone bien la silla que deja Leopoldo.)

ESCENA II

DICHOS y DON PABLO

(Llega por el foro, sin poder articular palabra por causa de las escaleras. Trae en la mano una caja esmeradamente envuelta en un papel.)

- JAIME Hola, papaito. ¿Qué es eso, vienes muy cansado? (Don Pablo contesta con un gesto.)
LEOP. Muchos escalones, ¿no es verdad?
D. PAB. Muchos años... y muchos escalones... Las dos cosas... (Habla con pronunciación andaluza.)
JAIME Siéntate. ¿Qué traes ahí?
D. PAB. Un regalito...
JAIME ¿De quién? ¿de quién?
D. PAB. No lo conozco... Toma la tarjeta.. Poco después que saliste tú lo llevaron á casa.
JAIME (Leyendo.) «Ernesto M. de la Pompa y L. Perafán de Rivera y Gómez. Abogado. Redactor de *El Haba*. Tesorero de la Sociedad *La Higiene Pública y Doméstica*. Corresponsal de

- la revista *Le chien et le chat* de París.» Pues no sé quién es
- LEOP. ¡Sí, hombre! ¡*Tagarnina!* ¿No te acuerdas de *Tagarnina?*
- JAIME ¡Acabáramos!
- D. PAB. Si hubiera puesto en la tarjeta «alias *Tagarnina*» lo hubiéramos conocido todos.
- JAIME ¡Pobrecillo! ¿Para qué se habrá molestado?
- D. PAB. (Desliando la caja.) A ver, á ver lo que te envía.
- JAIME Tiemblo antes de verlo: me da el corazón que son cuchillos.
- LEOP. Sí; cubiertos parecen.
- JAIME Catorce cajas de cuchillos tenemos ya.
- D. PAB. (La abre.) Y una, quince.
- JAIME ¿No lo decía yo?
- LEOP. Pues mira, son bonitos.
- D. PAB. Si que lo son; ¡pero ni que fueran estas criaturas á la guerra!
- JAIME ¡Buena se va á poner Teresita! Ella que lo toma á mal agüero... (Fijándose en las dos columnas del fondo.) ¡Caramba! ¿otra vez?
- D. PAB. ¿Qué pasa?
- JAIME ¡Que han vuelto á cambiarme esas dos figuras! ¿Quién se meterá en lo que no le importa? (Variándolas de columna.) ¡Si ya he dicho que la del hombre la quiero á la izquierda y la de la mujer á la derecha! ¡Es mucho cuento! (Alejándose para verlas.) ¡Dónde va á parar!...
- D. PAB. Ahí me parece que está tu novia, Jaime.
- JAIME (Yéndose por el foro.) ¿Sí? ¡Teresita! ¡Teresita!
- LEOP. (Alarmado.) ¿Vendrá con ella Marta?
- D. PAB. No; viene con su madre, y con Candidita López y su hermano. Los he saludado en la calle.

ESCENA III

DICHOS, DOÑA JOSEFA, TERESITA, CANDIDITA Y ROQUITO

(Salen por el foro con Jaime, agitadosísimos los cuatro, de las escaleras.)

- D.^a JOS. ¡Ay... Dios mío... qué escaleras estas del día!...
ROQ. Son crueles... crueles...
CAND. ¡Ay!...
TER. ¡Ay!... ya llegamos... gracias á Dios...
JAIME ¿Vienes tú fatigadita, alma?
LEOP. (saludando.) Señoras... Roquito... ¿Cómo vamos, doña Josefa?
D.^a JOS. Déjeme usted que pueda respirar... y entonces le contestaré...
LEOP. Como que se han venido estos pollos á un campanario.
D. PAB. En mi tierra á esta altura no viven más que las cigüeñas y los fotógrafos.
TER. Cuando nos pongan el ascensor... hablaremos.
D. PAB. Sí, porque lo que es ahora no hay quien pueda hablar.
CAND. ¡Y qué preciosísimo tienen el cuarto!...
ROQ. (Fijándose en el gabinete.) Este gabinete es una monada.
CAND. ¿Y la alcoba? ¿dónde está la alcoba?
TER. Ahora iremos. Verás qué linda. Hemos elegido todos los papeles y todos pálidos. Esto, verde pálido; la sala, fresa pálido; la alcoba, rosa pálido, y el comedor, almíbar pálido...
JAIME Para demostrar que donde está mi Teresita todo resulta pálido... ¡Ji, ji ji!
TER. Jaimito, Jaimito; que no te dé la vena cómica. (Reparando en la caja de los cuchillos.) ¿Qué caja es ésta, tú: (Bajo á Jaime, con quien habla un momento mientras los demás hacen corro aparte, excepción hecha de Roquito, que se ocupa en curiosear los regalos.)
JAIME Un regalo de un compañero.
TER. (Abriéndola.) ¿Más cuchillos?

- JAIME Ya ves...
- TER. ¡Y el termómetro sin venir, con la falta que hacer!... Y los cuchillos son de mal agüero, Jaimito...
- JAIME Contra nuestra felicidad no hay agüeros, pichona.
- ROQ. (Mirando sucesivamente dos ó tres objetos.) (Quince pesetas. Veinticinco pesetas: ni un céntimo más. Treinta pesetas, si no han regateado...)
- TER. Oye, dale las gracias á Roquito.
- JAIME Es verdad. Roquito, ahora que me acuerdo: un millón de gracias por su delicadísimo presente.
- TER. Es una preciosidad; ya se lo dije anoche.
- ROQ. No vale nada. Por Dios, una docena de cuchillos... Hemos procurado mandarles á ustedes una cosa útil, y en que no piensa nadie.
- JAIME ¡Ah, nadie, nadie!
- TER. ¡En los cuchillos no piensa nadie! (A Jaime.) (Se han creído que vamos á degollar á la vecindad.)(Los dos vuelven la cara aguantando la risa.)
- CAND. (Bajo á su hermano.) Roquito, mira allí el perro que le regaló mamá á doña Adela.
- ROQ. Justamente: el que le regaló á papá don Torcuato. ¡Lo que corre ese anima ito!
- TER. Con que ¿vamos á ver la casa, ya que nos hemos sosegado un poco?
- ROQ. Sí, sí, vamos á ver el nido de estos pichones.
- CAND. ¿Dónde está la alcoba?
- D.^a JOS. Andar, andar los pollos; yo aquí me quedo descansando.
- D. PAB Y yo lo mismo. Curiosear ustedes.
- JAIME Ven tú también, Leopoldo.
- LEOP. Con mucho gusto, chico.
- JAIME En mi despacho verás tus marinas.
- TER Les enseñaremos primero esta parte de aquí, ¿verdad, Jaime?
- JAIME Sí, sí, como tú quieras, alma.
- ROQ. Ea, pues vamos allá.
- LEOP. Vamos.
- TER. Vamos.
- ROQ. (Tienen regalos hasta de diez pesetas: no hemos quedado mal ni mucho menos.) (Entranse por la puerta del foro, hacia la derecha del actor.)

ESCENA IV

DOÑA JOSEFA y DON PABLO

- D. PAB. Los muchachos están como locos.
D.^a JOS. Y hay motivo: se quieren. .
D. PAB. ¡Quién se casara ahora, doña Josefa!
D.^a JOS. ¡Qué cosas tiene usted, don Pablo!
D. PAB. Pues si supiera usted las que tenía...
D.^a JOS. Sí que ha debido usted de ser un *pirandón* bueno.
D. PAB. Regular; pero hace tanto tiempo de eso que me cuesta trabajo acordarme.
D.^a JOS. Pues á mí ciertas cosas no se me olvidan.
D. PAB. Ciertas cosas ¿eh? Esas no se me olvidan á mí tampoco. He querido decirle a usted lo viejo que soy.
D.^a JOS. No, que yo soy de ayer por la mañana.
D. PAB. Polleando estamos los dos. (*se ríen. Pausa.*)
D.^a JOS. (*Suelta un suspiro lleno de recuerdos.*) ¡Ay!...
D. PAB. *Quedándose en silencio un grande rato pasó una larga historia por su frente.*
¿No es verdad?
D.^a JOS. Por el día de mi boda me andaba yo ahora.
D. PAB. ¿Por el día?
D.^a JOS. Por el día; no sea usted malicioso. Aquellos eran otros tiempos.
D. PAB. ¡Otros tiempos! Usted sí que era otra; y yo también. En este mundo, consuegra mía, no hay más que un puñado de ilusiones: el tiempo las reparte; pero como las tiene contadas, para dárselas á esos pollos que están viendo el piso nos las tiene que ir quitando á nosotros.
D.^a JOS. Está usted hecho un filósofo de á perra chica.
D. PAB. Y usted una guasona muy grande. Yo no soy como todos los viejos que ven el tiempo presente peor que el pasado.
D.^a JOS. Yo sí. Para mí el presente deja mucho que desear.
D. PAB. Y ¿usted no?

- D.^a JOS. ¡Don Pablo!
- D. PAB. ¡Pues péguela usted con su persona, que ya no es la misma! Cuando se mira usted al espejo, ¿qué dice usted: «¡Vaya unos espejitos que hay ahora!» ó «¡vaya una carita que se me va poniendo!»?
- D.^a JOS. ¡Qué poco galante es usted, don Pablo!
- D. PAB. Señora, es que no puedo sufrir á las viejas con pretensiones.
- D.^a JOS. Ni yo á los carcamales que están chocheando y ya no saben lo que dicen.
- D. PAB. (Riéndose.) ¿Se ha picado usted conmigo, consuegra del alma?
- D.^a JOS. Sí, me he picado, consuegro de mis culpas; pero me pasa pronto. (Se rien los dos. Pausa.)
- D. PAB. (Suelta un suspiro, análogo al de Doña Josefa.) ¡Ay!...
- D.^a JOS. ¿Qué es eso? ¿También estaba usted en el día de su boda?
- D. PAB. No, señora: en el día siguiente.
- D.^a JOS. Es igual.
- D. PAB. ¡Ca! es mejor.
- D.^a JOS. ¡Qué bonita era su mujer de usted!...
- D. PAB. Bonita como un sueño... ¿Usted la trató?
- D.^a JOS. ¿Ya no se acuerda usted? Cuando digo que ha perdido usted los memoriales... ¡Tan blanca, tan rubia, con aquellos ojos verdes tan oscuros y aquellas pestañas tan espesas!... Daba gloria mirarla.
- D. PAB. ¡Pobrecita Aurora!
- D.^a JOS. Era la envidia de todas las de su tiempo.
- D. PAB. Y yo la de todos. Cuando la cogía del brazo y echaba á andar con ella por las calles de Cádiz, ¡ni por San Pedro me cambiaba! (suspirando.) ¡Ay! ¡Cómo ha de ser!... ¡Si viera usted qué latigazo me dió el corazón el otro día, que, leyendo yo la Historia de España, me encontré entre las hojas una violeta que ella me mandó en una carta!...
- D.^a JOS. De esos latigazos tenemos llena la vida los viejos. Como que nos hacen jóvenes en un instante: por eso la impresión es tan honda... Media vida que se borra de un golpe... cuando menos se piensa en ello.
- D. PAB. Y todo... porque se ve una violeta...

- D.^a JOS. Que además está seca: como una..
- D. PAB. Como *dos*, ¿le da á usted lo mismo?
- D.^a JOS. ¿No ha advertido usted que todas las tardes tenemos una escenita de recuerdos?
- D. PAB. Señora, es que el sitio y las circunstancias lo dan de sí. En este nido, que vemos formarse, hay un manojito de violetas de esas que decíamos. Ya pasarán á la historia, ya...
- D.^a JOS. ¿A la Historia de España?
- D. PAB. A la historia universal, señora.
- D.^a JOS. Lo malo para mí es que esta es la última hija que yo caso.
- D. PAB. Y yo el último hijo.
- D.^a JOS. ¡Ojalá sean tan felices como fuimos nosotros!
- D. PAB. (En tono chancero.) Mire usted; con franqueza: si hay dimes y diretes será por causa de su niña de usted, que tiene los nervios de punta.
- D.^a JOS. ¿Quiere usted callar, avechucho? ¡Si no la hav más buena! Que la trate su hijo de usted como ella se merece; que lo dudo, porque será tan *pirandón* como el padre.
- D. PAB. Pero, señora, ¿cuándo ha soñado usted un yerno como mi hijo?
- D.^a JOS. ¿Y usted una nuera como mi hija?
- D. PAB. ¿Y la niña un suegro como éste?
- D.^a JOS. ¿Y el niño una suegra como yo?
- D. PAB. ¡Quítese usted de ahí, vieja chocha!
- D.^a JOS. ¡Vaya usted mucho con Dios, ave fría!
- D. PAB. ¡Envidiosa!
- D.^a JOS. ¡Espantajo! (Sueltan la carcajada los dos. Llegan por el foro con algazara y risa los que se fueron antes.)
- D. PAB. Aquí están ellos.

ESCENA V

DICHOS, TERESITA, CANDIDITA, ROQUITO, JAIME y LEOPOLDO

- JAIME (Encaminándose hacia la izquierda.) Venga ustedes por aquí, que aún queda lo mejor.
- ROQ. Ah, pues lo que hemos visto es precioso.
- D.^a JOS. ¿Les ha gustado?

- CAND. Todo es de muy buen gusto; todo se ríe.
LEOP. El despacho de éste es muy coqueton.
TER. Muy alegre, ¿verdad?
ROQ. Muy alegre es toda la casa.
CAND. ¿Y la alcoba? ¿dónde está la alcoba?
D. PAB. ¡Pero esta niña es un rompecabezas!...
«¿Dónde está la alcoba?» «¿Dónde está la alcoba?»)
- D.^a JOS. Vamos allá. Iré yo con ustedes. Venga usted también, don Pablo.
- D. PAB. Vamos, vamos todos. (van entrando por la puerta de la izquierda.) Pasen ustedes. Leopoldo, pase usted.
- ROQ. (La alfombra del despacho es del Hotel de Ventas.)
- TER. (Deteniendo á Jaime.) (Jaimín, aquí te espero. ¡Qué fastidio!)
- JAIME (Salgo en seguida, gloria mía.) (vase con los demás.)

ESCENA VI

TERESITA y JAIME

- TER. ¡Que la casa es alegre!... ¡La alegría que tiene es la que nos rebosa á nosotros! ¡Ay, qué felicidad!... Hoy hasta me ha parecido guapo el portero, que dicen que es el más feo de toda la calle... ¡Tengo unas ganas de que llegue el día... de que nos encontremos solitos y tranquilos los dos, sin tanta gente entrometida y fastidiosa!... ¡Ay, qué felicidad!...
- JAIME (Saliendo por el foro, desde la izquierda.) He hecho la procesión del niño perdido.
- TER. Me alegre.
- JAIME ¿Te alegras? (La mira embobado y con las de Cain.)
- TER. (Atajando cualquier atrevimiento justificadísimo de su futuro.) Jaimito: formalidad... y formalidad. Que no pase lo de ayer por la tarde.
- JAIME Tontina, si nos vamos á casar pasado mañana...

TER. Pues un poquito de paciencia, que todo llegará.

JAIME ¿No me permites que te dé un bocadito en lo que cuelga de la oreja?

TER. Ni en lo que cuelga, ni en lo que no cuelga.

JAIME Pues bésame tú á mí el dedito malo... (Mostrando el meñique de la mano izquierda, que lleva metido en un dedil negro.) Anda, chachita, que ya sabes que me lo cogí con el martillo grande al clavar á la cabecera de *nuestra* cama la pila del agua bendita.

TER. ¡Pobrecito mío! A ver cómo lo tienes.

JAIME (Quitándose el dedil.) Míralo. Con un besito de tus labios se curará del todo.

TER. Que no quede por mí; no quiero que digas que soy mala. (Le besa con rubor el dedo á Jaime.)

JAIME ¡Ay! Me ha llegado el escalofrío hasta las correillas de las botas... (Volviendo á ponerse el dedil.) ¡Ajaja! Para que se quede el besito dentro.

TER. ¡Qué malo eres!

JAIME Y tú ¡qué buena!

TER. Y la gente qué desconsiderada. Mira cómo nos han dejado esto.

JAIME Vamos á arreglarlo, vidita. (Los muebles todos están como estaban; pero ellos los repasan y tocan, ilusionados con la idea de que alteran en algo y perfeccionan su colocación.)

TER. Cuanto más miro esta sillería más me encanta.

JAIME Igual me pasa á mí contigo.

TER. Jaimito, que me has llamado sillería.

JAIME ¿Te he ofendido, gloria?

TER. No me ha hecho gracia, no.

JAIME ¿Me perdonas, cielín?

TER. (Ahogando sus dudas en una mirada de ternura y optando al cabo por el perdón misericordioso.) Bueno.

JAIME Pues bésame el dedito otra vez.

TER. Mira, basta ya de dedito. Vamos á ser formales, que tenemos que hablar de muchas cosas. Siéntate.

JAIME Muy juntitos los dos. (Se sientan.)

TER. Ante todo tengo que reñirte.

JAIME No me lo digas.

- TER. En la carta de las doce de esta mañana no iban los cuatro pliegos cruzados.
- JAIME Es que llegó un amigo...
- TER. No hay amigos. Que no vuelva á pasar.
- JAIME Para pasar tiene que ser mañana, porque ya pasado... creo que no nos entenderemos por escrito .. ¡Ji, ji, ji!...
- TER. (Riéndose también.) ¡Jaimín... pero qué malo eres!
- JAIME ¡Fea!
- TER. ¡Guapo! Oye una cosa.
- JAIME (Con el alma en los ojos.) ¿Qué, rica?
- TER. Abrochador para las botas no tenemos.
- JAIME Apuntación al canto. (Escribe en su librito.) «El abrochador más bonito que haya.»
- TER. No guardes el librito, que aún faltan otras cosas.
- JAIME Dime. Yo he apuntado un almanaque, un sacacorchos, papel de Armenia, lacre y un cajoncito para *Otelo*.
- TER. ¡Mira que van saliendo menudencias, Jaimín!...
- JAIME ¡Las plumitas que tiene un nido!
- TER. Apunta.
- JAIME ¡Fuego! ¡Ji, ji, ji!
- TER. Un palillero que sea un tomate de porcelana.
- JAIME (Escribiendo.) «Un palillero que sea un tomate.»
- TER. Un infiernillo.
- JAIME «Un infiernillo.» Pero, nena, ¿vamos á meter en nuestra casa un infiernillo? ¡Ji, ji, ji!
- TER. Ya te he dicho que dejes los chistes.
- JAIME ¿Se te ocurre algo más, princesa?
- TER. Otra cosa hay, pero no me acuerdo. Lo pensé esta mañana. Y era para la cocina.
- JAIME ¿Para la cocina? Espérate. (Los dos la emprenden con el labio de abajo, haciendo memoria. Pausa.)
- TER. Estoy segura de que empieza con e.
- JAIME ¿Con e? Estantería... encajes... espuelas... ¡estropajos!
- TER. (Como reconviniéndole.) Jaimito...
- JAIME (Algo asustado.) ¿Qué?
- TER. Jaimitoooooooo...
- JAIME ¿Quéééééé?

- TER. Que estropajo es con hache.
JAIME Ay, tienes razón, hija mía... Perdona...
(¿Para qué le voy á quitar esa ilusioncilla?)
TER. En fin, ya saldrá lo que sea.
JAIME Dices bien; ya saldrá. (Guárdase el librillo.) Ha-
blemos ahora de nuestra dicha.
TER. Nuestra dicha sí que empieza con todas las
letras. Lo tengo estudiado. Mira, Jaimito,
mira: por orden alfabético: A, amor... b, be-
lleza... c, corazón... d, dulzura... e, ¡espe-
ciero!...
JAIME ¿Cómo especiero?
TER. Especiero es lo que falta en la cocina. Ahí
lo tienes ya.
JAIME (Escribiendo en el libro.) «Especiero.» Sigue tu
abecedario de dicha.
TER. Ibamos en la e, ¿no es verdad? Pues oye: e,
encantos...
JAIME F.
TER. Felicidad.
JAIME G.
TER. Goces.
JAIME H.
TER. Osculos.
JAIME (¡Bueno!) I.
TER. Idolatría.
JAIME Jota.
TER. ¡Jaime!
JAIME ¡Bendita seas! K.
TER. Cariño.
JAIME (¡Alza!) L.
TER. Lozania.
JAIME Ll.
TER. Yugo.
JAIME (¡Jesús!) M.
TER. Miel.
JAIME N.
TER. No te olvido.
JAIME Ñ.
TER. Niñito...
JAIME ¡Ay, qué gracia! O.
TER. Hogar.
JAIME (¡Sopla!) P.
TER. Pellizquitos...

- JAIME ¡Ji, ji, ji! Q.
TER. Querer.
JAIME R.
TER. Recuerdos.
JAIME S.
TER. Salud.
JAIME T.
TER. ¡Teresita!
JAIME ¿A que no salgo de la T? U.
TER. Unión eterna.
JAIME V.
TER. Bondad.
JAIME (*¡Vaya por Dios!*) Y.
TER. Yo y tú: x, equidad y z, cielo.
JAIME (*¡Cielos!*) ¡En el cielo estamos los dos!
TER. Verdad que sí.
JAIME ¿Me quieres, chacha?
TER. Más que tú á mí, feote.
JAIME Igual, igual... ¿No me anticipas nada, co-
razón?
TER. Jaimito, Jaimito...
JAIME Un besito siquiera... (*Besándole repetidas veces
una mano, que ella le abandona.*) ¿Otro?..
TER. Como ya es tuya no puedo negártela... (*Llega
Requejo por el foro, lo mismo que un perro cansado.
Se sienta en la silla más inmediata á la puerta, obser-
vando á los novios, y no puede echar la palabra del
cuerpo en dos minutos. Viene fumando un puro de á
diez céntimos que ni á tiros arde.*)
JAIME ¿Otro?... ¿Otro más?... ¿Otro?... ¿Otro?..
REQ. ¡Duro! ¡duro! (*Jaime y Teresita se levantan sor-
prendidos y avergonzados.*)

ESCENA VII

DICHOS y REQUEJO

- TER. ¡Requejo!
JAIME ¡Pero, hombre!..
TER. (*A Jaime.*) (*¿Ves? ..*)
JAIME ¿Desde cuándo está usted ahí?
REQ. Desde los de la mano: no he visto más.

- TER. (Incomodada.) ¡Es que no ha habido más tampoco!
- REQ. Bueno, bueno, mujer...
- TER. ¡Pues bueno, bueno!
- REQ. A pesar de que no me habéis invitado, vengo á ver vuestra casa. Os quiero mucho más que vosotros á mí. ¿Cómo está tu madre, Teresita?
- TER. Bien. Allá dentro.
- REQ. ¿Y tu padre, Jaime?
- JAIME. Bien. Allá dentro.
- TER. Vaya usted, si quiere...
- REQ. Ahora, ahora. A vosotros no os pregunto cómo estáis, ¡porque me lo figuro!...
- JAIME. ¡Dice que se lo figura!... ¡Ji, ji, ji!
- TER. (A Jaime, bajo.) (¡No, pues á mí no me hace gracia!)
- JAIME. (Consternado.) (¿No?)
- TER. (No.)
- REQ. ¡Bien podéis aprovecharos de estos momentos precursores del gran desatino!...
- TER. ¡Requejo!
- REQ. Sí, hija, sí. Son los únicos felices de veras... Luego no viene más que prosa y más prosa. ¡Si vierais el cuadrito que he dejado en mi casa yo!
- TER. ¡Yo me lo imagino sin verlo!
- JAIME. ¡Y yo también!
- REQ. (A Jaime) Asoma por allí las narices y no te casas.
- TER. ¡Pues no las asoma!
- REQ. Oye: veras qué paraíso terrenal.
- TER. Si no tenemos interés ninguno...
- REQ. Mi señora roncando á pierna suelta...
- TER. ¡Dale!
- REQ. Roncando á pierna suelta, ya digo.
- JAIME. ¡Nos lo encaja quieras que no! (Lo escuchan ambos llenos de impaciencia y contrariedad.)
- REQ. Se levanta á las dos de la tarde: ¡es una mujer de su casa! No hay más que ver cómo llevo yo los botones: parecen alamares... Mi hijo el mayor enamorando á la cocinera: ¡me ha salido un caballero el mocito! Hasta cucharas ha *pignorado* ya. Adelante. Mis cuña-

- das hablando con los novios: hablando y... hablando, bueno; mi cuñado borracho, empeñado en enseñarle á la doncella los *tientos* de moda: no tiene otra cosa que hacer el ángel de Dios; mis chicos pequeños jugando á la pelota y al toro: en la sala: está indicadísimo; las amas de cría insultándose, una en catalán y otra en vascuence: muy agradable; los niños de pecho dando berridos encima del aparador, y mi suegra loca, en cuclillas en un rincón, cantando aquello de: «Si las mujeres mandasen...» ¡Y yo encantado! Soy feliz.
- TER. (¡Jaimito, llévate á este animal, que me da el ataque!)
- JAIME (No te apures, pichona.) Bueno, Requejo, olvide usted sus contrariedades y venga á ver nuestro nidito.
- REQ. ¡Vuestro nidito!... Así llamaba yo á mi casa...
- TER. ¡Hombrel ¿se quiere usted callar?
- REQ. Esta se enfada, tú.
- JAIME Y hace bien: viene usted á aguarnos la fiesta.
- REQ. ¿Yo? ¿Aguar yo? ¿Para qué, muchacho? ¡Si la fiesta trae consigo la mar de agua!
- TER. ¡Requejo, que me da el ataque!
- REQ. ¡Bah! Tu mujer me recuerda mucho á la mía.
- TER. ¡Oiga usted!
- JAIME Todo, menos comparaciones.
- REQ. Pues era así: tan delgadita, tan esbeltita, tan finita... tan mona...
- TER. (Muy quemada.) Gracias.
- REQ. Pero luego empezó á engordar... y ahora está que parece un grupo de la familia. A ésta le va á pasar lo mismo.
- TER. ¡Requejo, por amor de Dios, que estoy muy nerviosa!
- JAIME Ande usted, ande usted allá dentro.
- REQ. Déjame que encienda este puro, que me ha salido peor que el matrimonio. (Tratando de encenderlo mientras habla, apaga dos ó tres cerillas, que tira al suelo, y que Jaime, contrariadísimo, coge y echa por el balcón una por una.)

- TER. Más valía que fumara usted menos ó que fuera más limpio.
- REQ. ¿La has tomado conmigo, nena?
- TER. ¡Uf! ¡qué peste á chicote!
- JAIME (Tío sucio.)
- REQ. (Hablandole al cigarro.) ¡Ni que estuvieras asegurado de incendios, compadre!
- TER. (¡Marrano!...) Me parece que ese no prende...
- REQ. (Chupando.) Sí que hace falta Dios... y ayuda. (Jaimito, por extraña asociación de ideas, fija la mirada en el espacio al oír la frase de Requejo, saca su librito y escribe algo de que no le da cuenta á nadie.) Vaya, ya prendió.
- TER. Que sea enhorabuena.
- JAIME Ea, pues ande usted. Pase adelante.
- REQ. ¿Por aquí?
- JAIME Por ahí.
- REQ. (Eteniéndose un punto.) Oye, se me ha ocurrido un chiste verde.
- JAIME (Empujándolo.) ¡Pues no lo diga usted! (Entra Requejo por la puerta de la izquierda, y Jaime lo sigue escribiendo mientras en su librito.) «Escupideras, ceniceros y otras porquerías.»

ESCENA VIII

TERESITA; luego MARTA y DON ABEL

- TER. (Paseándose sofocadísima.) ¡Ay, qué hombre! ¡qué hombre! ¡Me he visto encima el ataque de nervios! ¡Pero qué confianzas se toma!... ¡pero cómo abusa!... ¡Groserote!... ¡gorrón!... ¡sin vergüenza!... ¡vago!... ¡mal esposo!... ¡mal padre!... ¡animal!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡Y que no hay manera de espantarlo!... ¡Ay!... (Reparando en las dos figuras del foro y cambiándolas de columna hecha una pólvora.) ¿Qué veo? ¿Otra vez? ¿otra vez? ¿Cómo voy á decir que quiero aquí esta y aquí esta?... ¡Jesús!...
- MARTA (Por el foro, muy agitada.) ¡Teresita!
- TER. Hola, Marta. Bien venida seas. (se besan.)
- MARTA Llega una aquí rendida...
- TER. Son muchos escalones. Siéntate. ¿Y tu tío?

- MARTA Ahí detrás viene... El pobrecillo medio ahogado... Tengo que hablarte.
- TER. ¿A solas?
- MARTA Sí. Despacharemos á mi tío. (En este momento aparece don Abel por el foro. En efecto, parece que viene en las últimas. No puede hablar, ni lo dejan, y á cada frase de Teresita solo responde tomando aire, sin articular una palabra.)
- TER. Hola, don Abel. ¿Cómo vamos?... ¿Tan bueno, no es verdad?... Don Pablo quiere hablarle... Vaya usted por ahí... Al final de ese pasillo... Vaya usted, vaya usted... (Quieras que no, lo mete por la puerta de la izquierda.) Aquí nos quedamos nosotras.

ESCENA IX

TERESITA y MARTA

- MARTA Para pocas visitas á tu casa está mi pobre tío.
- TER Muy delicado lo encuentro, sí.
- MARTA Su salud me preocupa mucho. Como no tengo padres, ni más pariente cercano que él...
- TER. Más *cercano* es Leopoldo, que está allá dentro...
- MARTA ¿Leopoldo? ¿Está ahí?
- TER. Ahí está: ¿qué te pasa?
- MARTA Que me voy ahora mismo.
- TER. ¡Mujer!
- MARTA Llama á mi tío.
- TER. ¿Quieres no ser loca?
- MARTA Después de todo, tienes razón: debo acostumbrarme á verlo como si viera á un desconocido.
- TER. ¿Esas tenemos? ¿Otra riña?
- MARTA La última.
- TER. Cualquiera os cree. Pasará, como las anteriores. ¿Qué tormenta no pasa?
- MARTA Esta: ya lo verás.
- TER. Vamos, siéntate, simple. (Se sientan ambas.) No entiendo este constante pelear de los no-

- vios. Yo, como con Jaimito no he tenido nunca ni un sí ni un no...
- MARTA Es que Jaimito es un infeliz.
- TER. ¡Oye!
- MARTA Mujer, entiende lo que quiero decirte: que es muy bueno.
- TER. ¿Tan malo es Leopoldo?
- MARTA Al contrario; por muy bueno lo tengo también. Pero los celos lo trastornan, y me hace sufrir. Contra su voluntad, pero me hace sufrir.
- TER. ¡Celos de tí!... ¿Habrá majadero? ¡Qué brutos son los hombres, Marta!
- MARTA Por lo menos, ¡qué ciegos!
- TER. Mi Jaimito, en buena hora lo diga, no ha dudado de mí nunca, nunca, nunca, nunca, nunca, nunca. Bien es verdad que yo lo he querido como una tonta siempre, siempre, siempre, siempre, siempre, siempre.
- MARTA ¿Y yo á Leopoldo, no?
- TER. Pero dime: ¿ha sido tan grave el disgusto?...
- MARTA Muy grave.
- TER. ¿No hay arreglo posible?
- MARTA Ni lo hay ni lo quiero. Los celos podrán halagar mientras no ofendan. Los de Leopoldo han llegado á ofenderme. Si nos casáramos, viviríamos en tragedia ó en sainete constante. Prefiero vivir sola, con mi tío, sacrificando mi cariño, en comedia casera.
- TER. Vaya, no te apures, tontilla. Yo me encargo de arreglar eso.
- MARTA No; te suplico que no. Estoy resuelta.

ESCENA X

DICHAS y RAMONA

- RAM. (Por el foro, con una tarjeta y una caja de sombrilla envuelta en un papel.) Señorita.
- TER. ¿Qué hay?
- RAM. De su casa de usted acaban de traer este regalo.

- TER. A ver, á ver... (Cogiendo la tarjeta y leyéndola.)
«P. Gil. Paz 2.» ¿Quién es éste?
- MARTA Mujer, Don Policarpo.
- TER. ¡Es verdad! ¿Quién lo conoce por esta tarjeta, que es un tiro? ¡Pobre Don Policarpo!...
¿Vienes allá dentro?
- MARTA No; estando ese...
- TER. Pues aguarda un instante: voy á ver con Jaimito lo que nos manda este buen señor, y vuelvo en seguida.
- MARTA Por mí no corras.
- TER. (Yéndose por la puerta de la izquierda.) Pues aquí, una de dos: ó viene una sombrilla, ó viene un sable. ¡Cuchillos, de ninguna manera!

ESCENA XI

MARTA Y RAMONA

- MARTA ¿Estás contenta con la señorita, Ramona?
- RAM. Lo que hace falta es que la señorita lo esté conmigo. Y debe de estarlo, cuando me consiente que tenga novio.
- MARTA Hola, ¿tienes novio?
- RAM. Sí, señorita; me ha salido un cochero de punto. En la calle de Carretas tiene la parada. Si algún día se le ofrece á usted, con mandar un recado acá, yo misma le aviso.
- MARTA Gracias, mujer. ¿Y qué, se quieren ustedes mucho?
- RAM. Un delirio. Con decirle á usted que hasta el caballo me conoce...
- MARTA (Riéndose.) ¿Y eso, qué?...
- RAM. De tanto como nos vemos en la parada. (Mirando hacia la puerta de la izquierda.) Vaya, señorita, no quiero estorbar.
- MARTA A mí no me estorbas; me distraes.
- RAM. No le faltará á usted distracción.
- MARTA ¿Por qué dices eso?
- RAM. Usted lo verá. (Vase por el foro.)
- MARTA ¡Que simpleza!

ESCENA XII

MARTA y LEOPOLDO

(Sale Leopoldo por la puerta de la izquierda. Al encontrarse frente á Marta quédase confuso. Marta al verlo vuelve la cara con violencia.)

- MARTA (¡Bah! Cosas de Teresita...)
LEOP. Marta.
MARTA Qué.
LEOP. Buenas tardes.
MARTA Buenas tardes.
LEOP. (¿Para qué habré salido yo? ¡Es que soy francamente idiota!) (Pausa breve) Marta.
MARTA Leopoldo.
LEOP. ¿Vamos á perdonarnos?
MARTA Y á mí ¿qué tienes tú que perdonarme?
LEOP. Nada; ya lo sé. Tú á mí, sí.
MARTA Pues no te lo perdono, porque sería volver á empezar.
LEOP. ¿Lo has meditado bien?
MARTA Bien meditado lo tengo.
LEOP. Es decir que piensas olvidarme.
MARTA Haré cuanto pueda.
LEOP. No ha de costarte gran trabajo. Si me estás dando la razón; si es que no me has querido nunca...
MARTA Nunca; es verdad: anoche te supliqué y te lloré, como otras muchas veces, por gusto, por hacer un papel interesante. Sin duda así lo comprendiste tú y no me hiciste caso. Está bien. No pienso volver á repetirlo.
LEOP. Me saca de quicio tu frialdad.
MARTA Y á mí tus arrebatos.
LEOP. Mis arrebatos tienen un fundamento.
MARTA Y mi frialdad ninguno: te estás cargando de razón. No tienes más que irte. . y dejarme.
LEOP. Pues te dejo... y me voy. ¡Parece mentira que yo no haya querido á ninguna mujer como á ti!

MARTA En efecto, parece mentira.
LEOP. ¿Qué quieres decirme?
MARTA Lo que he dicho: que parece mentira.
LEOP. ¡Me molesta el discreto, ya lo sabes!
MARTA Y á mí también.
LEOP. Pues que quede aquí
MARTA Pues que quede.
LEOP. Esto se acabó.
MARTA Se acabó; en eso estamos.
LEOP. (¡Me pegaría de bofetadas!)

ESCENA XIII

DICHOS, TERESITA, DOÑA JOSEFA, CANDIDITA, ROQUITO, JAIME, DON PABLO, REQUEJO y DON ABEL

(Salen por la izquierda, en animado charloteo de despedida. Leopoldo se va á un extremo del gabinete, y allí se muerde un puño, ensismado en sus pensamientos.)

CAND. ¡Es una preciosidad!
ROQ. ¡Es un encanto!
JAIME ¿Cómo está usted, Martita?
MARTA Buenas tardes á todos.
ROQ. Hola, Martita. (¡Cómo *estira* esta muchacha los vestidos!)
CAND. ¿Tú has visto la casa, Martita? ¡Ay, qué paraíso de alcoba!
REQ. ¡Ya les daré yo paraíso dentro de un mes!
D. ABEL Muy alto es lo que está.
ROQ. Conque, niña, vámonos á casa. Doña Josefa, enhorabuena; don Pablo, lo mismo digo á usted. Que vean entrar en quintas á los nietos.
D^a JOS. Falta que los haya.
D. PAB. Ellos se encargarán... (Se rien.)
CAND. Don Pablo, quede usted con Dios; doña Josefa..
D^a JOS. Adiós, hijita...
ROQ. Jóvenes, que se quieran ustedes siempre como ahora.
TER. Más, más, más...
JAIME Más, más, más...

- CAND. Adiós, Jaime; adiós, Teresita. Te envidio sin reservas.
- D. ABEL Niña, vámonos nosotros también.
- MARTA Vámonos, tío.
- TER. ¿Tan pronto?
- D. ABEL Doña Josefa, no le digo á usted nada; don Pablo, á usted tampoco le digo nada...
- MARTA Adiós, don Pablo; adiós, doña Josefa.
- D. PAB. Adiós, muchacha.
- D.^a JOS. Adiós, Martita.
- D. ABEL Teresita, no te digo nada; Jaime, á usted tampoco le digo nada.
- JAIME (Es claro: ¡como que no se le ocurre nada!)
- MARTA Teresita, mil felicidades.
- TER. Adiós: ¿qué ha habido de eso?
- MARTA Ya hablaremos después.
- REQ. Conque, salud, si es posible, y prosperidad, en la que no creo. Paciencia, y aguantar los palos.
- TER. ¿Quiere usted irse, majadero?
- REQ. Los más oportunos son los que os han regalado cuchillos.
- ROQ. ¡Muchas gracias!
- R.FQ. Mi regalo será un revólver.
- TER. ¡Jesús!
- D.^a JOS. ¿Acaba usted de largarse, hombre de Dios?
- REQ. *Que la mayor belleza
se casa para ver á su marido
hecho un tronco y dormido
con gorro de algodón en la cabeza...*
- D. PAB. ¡Fuera! ¡fuera de aquí Requeje!
- D.^a JOS. ¡Fuera!
- MARTA
- TER. } ¡Fuera! ¡fuera! ¡á la calle!
- CAND. }
- JAIME
- D. PAB. } ¡A la calle este tío gordo de la mala sombra!
- REQ. } Señores, tanto honor... (Vase por el foro, envuelto entre todos y en medio de la gritería general. Quedan en escena Doña Josefa, Jaime y Leopoldo. Jaime va también á despedir á los amigos, á tiempo que ve á Leopoldo y se detiene contemplándolo.)
- JAIME ¿Qué le pasa á ese?
- D.^a JOS. Es verdad.

JAIME ¿Qué te ocurre, chico?
D.^a JOS. ¿Qué le sucede á usted?
LEOP. Nada: que parezco un hombre y soy un asno.
 (Despidiéndose.) Doña Josefa... Jaime... Abur.
 Un millón de venturas en esta vida y en la
 otra. Mañana me voy de Madrid.
D.^a JOS. ¿A dónde?
LEOP. ¡Al mar!
JAIME ¿A pintarlo?
LEOP. ¡A tirarme!
JAIME Chico, ¿estás loco?
LEOP. Loco completamente. Adiós. (Vase de estampía
 por el foro.)

ESCENA XIV

JAIME, DOÑA JOSEFA, luego TERESITA, después DON PABLO

JAIME En broma lo dice, pero en su vida ha dicho
 una verdad como esa. (Al encaminarse hacia
 el foro se fija en que las figuras de las columnas están
 cambiadas y suelta un terno.) ¡Caramba! ¿otra
 vez? ¡Esto ya es que se quieren divertir con-
 migo!
D.^a JOS. ¿Qué dices, hombre?
JAIMÉ ¡Que me cambian estas dos figuras á cada
 instante! (Trocándolas él.) ¡Y á mí me da la
 gana de que esta esté aquí y esta esté aquí!
 ¡Ea!
D.^a JOS. Pues no hay más que hablar.
TER. (Sofocadísima y muy agitada, por el foro.) ¡Ay!...
 ¡ay!...
JAIME ¿Qué es eso, corazón?
D.^a JOS. ¿Qué es eso, hija?
TER. Me da... me da el ataque.
JAIME Pero ¿qué ha sido ello?
TER. ¡Una barbaridad muy gerda que Requejo
 me ha dicho!
JAIME Ahora verá... (Corre hacia el foro.)
TER. No, no, no, Jaimito; no vaya á volver.
D. PAB. (Liegando.) ¿A dónde vas, hombre?

- D.^a JOS. A ninguna parte; estate aquí. ¿Se fueron ya todos?
- D. PAB. Todos.
- TER. ¡Ay!... ¡ay!... Me da... me da... lo estoy viendo venir...
- JAIME Vida mía, tranquilízate...
- D.^a JOS. Hija mía, por Dios...
- D. PAB. ¿Quieres un poquito de agua?
- TER. (Reparando en las dos figuras del foro.) ¿Qué es eso? ¿quién ha puesto así las figuras?
- JAIME Ah, ¿pero eres tú la que las cambia?...
- TER. Ah, ¿pero eres tú?...
- JAIME ¿Eres tú?
- TER. ¿Eres tú? (Van al foro, y corriendo uno detrás de otro de columna á columna, cada cual trata de colocar las figuras á la inversa que siempre.)
- JAIME ¿Te gustan más en la otra forma?
- TER. ¿Te gustan más á tí?
- JAIME Pues á tu gusto, á tu gusto...
- TER. Pues, no, señor; al tuyo...
- JAIME Pero si á tí te agrada más así...
- TER. Pero si tú las prefieres del otro modo...
- JAIME Que no, que no, que no, que no, que no...
- TER. Que sí, que sí, que sí, que sí, que sí... (De repente, soltando la figura.) ¡Ay, mamá!
- D.^a JOS. ¿Qué te pasa?
- JAIME ¿Qué tienes? (Teresita principia á hacer visajes. Todos la auxilian.)
- D. PAB. ¡Pícaros nervios!
- D.^a JOS. ¡Vaya por Dios! Sosiégate, hija.
- JAIME ¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!
- D.^a JOS. Teresita, hija...
- TER. (Dando chillidos.) ¡Hiiiiiii! ¡hiiiiiii! ¡hiiiiiii!
- JAIME (Atribulado.) Ay, por Dios... un médico... Leopoldo es algo médico...
- D.^a JOS. No hace falta...
- JAIME Sí, sí.. yo lo llamo... (Se asoma al balcón y grita.) ¡Leopoldo! ¡sube!
- D. PAB. No alarmes, hijo.
- D.^a JOS. Si esto pasa en seguida...
- JAIME ¡Sube! ¡sube! ¡sube por Dios!
- D.^a JOS. ¿Quieres callar, escandaloso?
- JAIME Teresita mía... encanto... gloria.. vuelve, vuelve en tí... ¡No vuelve! ¡no vuelve! ¡Pa-

rece que está muerta!... (Dando gritos de dolor.)
¡Ay! ¡ay! ¡ay!...
D.^a JOS. ¡Vaya un hombre que tenemos en casa!
D. PAB. ¿No hay un poco de éter?
JAIME ¡No!
D.^a JOS. ¿Y tila?
JAIME ¡Tampoco!
D. PAB. ¿Y agua de azahar?
JAIME ¡Menos! ¡Si aquí no hay nada más que cuchillos!
D.^a JOS. Ya le pasa... ya vuelve...
JAIME ¿Sí? ¿sí?
D.^a JOS. Mírala .. mírala...
D. PAB. Sosiégate, cálmate...
JAIME ¿Me ves ya, Teresita?
TER. Sí... Jaimito... sí... ¿Te he dado mucho susto?

ESCENA XV

DICHOS, LEOPOLDO, CANDIDITA, MARTA, ROQUITO, REQUEJO
y DON ABEL

(Van llegando precipitadamente uno detrás de otro, por el orden que se les nombra, con la lengua fuera, sin poder hablar una palabra y respirando con gran fatiga)

LEOP. ¿Qué es eso?...
JAIME Nada, nada...
CAND. ¿Qué ocurre?
D.^a JOS. Nada ya...
MARTA ¿Qué hay?
ROQ. ¿Qué sucede?
JAIME Nada, nada ya...
D.^a JOS. Un ataquillo, pero ya pasó...
REQ. ¿Qué ha sido?
TER. Un susto...
D. PAB. Nada ya...
D.^a JOS. Tranquilícense ustedes...
TER. No ha sido nada, nada...
D.^a JOS. Nada, nada, nada...

(Mientras todos los recién llegados, sentándose donde bucnamente pueden, resuellan fatigosamente, cada uno con distinto hipo, Jaime saca su librito de apuntaciones y escribe:)

JAIME

«Eter, tila y agua de azahar.»

(Don Abel, más fatigado que todos juntos, muestra bien á las claras que las va á liar en el entreacto.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero, año y medio después. Leves alteraciones en la colocación de los muebles, y algunos cuadros y cachivaches más. Al foro, en la pared, la trompetilla de un tubo acústico que se supone que comunica con el cuarto interior. Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

RAMONA

(La escena sola. Suena varias veces el pito del tubo acústico, con acentos de angustia, y sale Ramona por el foro.)

¿Qué querrá el señor? Desde que se mudó al tercero y le pusieron este aparato, nos trae locos. (Hablando y escuchando por la trompetilla.) ¿Quién es?...—¿Qué?...—No, señor, no han salido.—¿Va usted á subir?—Bueno, yo se lo diré á la señorita. (Vase por la izquierda. Queda la escena sola unos momentos.)

ESCENA II

TERESITA, JAIME, DOÑA JOSEFA y DON PABLO

Al final RAIMUNDA, ama de cría.

- JAIME (Dentro.) ¿Vamos á recibir al viejo?
- TER. (Lo mismo.) ¿Vamos á recibirlo, gloria?
- JAIME ¿Vamos á cantarle los lobitos?
- TER. ¿Vamos á cantárselos?... ¡Ajajay! ¡qué rico eres!... (Salen por la puerta de la izquierda los dos. Teresita trae en las manos, levantándolo y haciéndole fiestas, á Teodomiro, el primer fruto de su matrimonio, vestido ya de nagüillas. Jaime viene delante de ella, andando de espaldas y mostrándole sus manos al niño en infantil y constante voltear, mientras le canta lo que sigue. Cruzan la escena y se van por la puerta del foro, repitiendo el canto.)
- JAIME *Cinco lobitos tenía una loba,
cinco lobitos detrás de una toba;
cinco tenía y cinco criaba
y á todos cinco tetita le daba.*
- (Vuelve á quedar la escena sola. A poco se oye dentro á don Pablo que besa y le hace fiestas á Teodomirito, acompañado en ello por los papás, y en seguida salen todos por el foro.)
- D. PAB. ¿Quién es tu padrino, granuja? ¿Quién te quiere á tí?
- TER. Su mamá, su mamáíta lo quiere más que nadie, ¿verdad, cielo?
- JAIME ¡Ay, qué tunantillo es, qué tunantillo es! ¡Rey de la casa!
- D. PAB. ¡Mira cómo se ríe el picarón!
- JAIME ¡Ji, ji, jil!..
- TER. Me lo como, me lo como, me lo como...
- D.^a JOS. (Saliendo por la izquierda.) ¿Se comen á mi niño? ¿Se lo comen? ¿Quién es ese pillo? ¡Ven acá tú, con abuelita, ángel!
- TER. (Dándole el niño.) ¿Sabe usted que pesa, mamá?
- D.^a JOS. ¡Ea, ea, ea, ea!... ¿Qué? ¿va á dormir el luce-rito de la mañana?
- JAIME No, no, que no duerma por Dios, que luego de noche...

- TER. ¡Ay, qué noche nos ha dado el muy lloroncete!... ¡Lloroncete!... ¡lloroncete!... ¡lloroncete!...
- D. PAB Desde abajo lo he estado oyendo yo... No toqué el pito porque era casi el amanecer...
- D.^a JOS. Mira qué atención pone: parece que se está enterando.
- TER. Es que tiene este chiquillo cosas que no son propias de su edad.
- JAIME Ya dice que *no* y que *sí* con la cabecita...
- TER. Y se le pregunta: ¿cuánto me quieres? Y abre los bracitos así...
- D. PAB. ¡Qué mono! (Mostrándole uno por uno los dedos de una mano.) Teodomirillo: este puso un huevo, este lo puso á asar, este le echó la sal, este lo meneó y este picarillo gordo se lo comió...
- JAIME ¡Ji, ji, ji!
- TER. ¡Gloria de su madre!
- D.^a JOS. Vamos á perder la cabeza con este diablillo.
- TER. Déselo usted al ama, no llore.
- D.^a JOS. (Llamando.) ¡Raimunda! ¡Ama!
- TER. Si no tuviera tan buena leche la echaba á la calle. Es más remolona y más bestia... ¡Ama! ¡Raimunda! (Sale Raimunda por la puerta de la izquierda, gruñe que gruñe y con cara de pocos amigos.)
- D.^a JOS. Tome usted.
- TER. Y cuidadito con llevárselo á la cocina, que se le agarra á la gargantita el aceite. (El Ama gruñe.)
- JAIME Y nada de asomarse al balcón, no tergamos una desgracia. (El Ama vuelve á gruñir.)
- TER. ¡Ay, por Dios, no lo pienses siquiera!
- D. PAB Cántele usted, cántele usted mucho (Gruñe otra vez el Ama.)
- D.^a JOS. Y no se ponga usted en las corrientes.
- JAIME Ni junto al gato, que le tiene envidia.
- TER. Y dele usted un pechito ahora, que el angelito lo está deseando. (Vase Raimunda por la puerta de la izquierda, sin dejar sus gruñidos.)

ESCENA III

TERESITA, DOÑA JOSEFA, JAIME y DON PABLO

- D. PAB. ¡Qué agradable, qué simpática y qué comunicativa es esa señora!
- TER. Ay, papá, calle usted por Dios, que puede enterarse y darnos un disgusto.
- JAIME Le pasamos carros y carretas, pero no hay remedio.
- TER. Nos lo está criando muy gordo.
- D.^a JOS. Esa es la verdad: ella será una mula, pero al chiquillo da gozo verlo.
- D. PAB ¿Quién dice lo contrario? El chiquillo es un rollito de manteca.
- TER. Tan sonrosadito... tan mono...
- JAIME Las carnechitas tan apretadas..
- TER. (Con súbito arranque de entusiasmo y de amor maternal.) ¡Hiiiiii! ¡Gloria mía! ¡encanto! ¡cielo! ¡paraíso! ¡Hiiiiii! ¡Le voy á dar un beso ahora mismo! (Echa á correr hacia la puerta de la izquierda.)
- JAIME Y yo otro, y yo otro. (vase detrás de Teresita.)
- D. PAB. ¿Ha visto usted cómo anda esta gente?
- D.^a JOS. Es que este es el último cuarto de la luna de miel. Advirtiéndole á usted que yo ando peor que ellos.
- D. PAB Y yo peor que usted todavía.
- D.^a JOS. ¿Quiere usted creer que me están entrando ganas de ir á darle un beso también?
- D. PAB. ¿Por dárselo ó por recibirlo?
- D.^a JOS. Por las dos cosas
- D. PAB. Para que sea completo, ¿verdad?... Sí, porque los besos sin contestación son poco menos que una sosería... ¿Se acuerda usted?
- D.^a JOS. ¿Quiere usted callar, ciruela pasa? ¿Que siempre ha de tener usted ganas de fiesta?
- D. PAB. ¿No ve usted que me quedo siempre con las ganas, señora?
- D.^a JOS. (Prestando atención hacia la izquierda.) ¿Oye usted, don Pablo? ¡Se lo están comiendo á caricias! ¡Ay! ¡Quién lo viera hecho un hombre!

- D. PAB. Esa es la mía; eso es lo que á mí me quita el sueño... ¿Para qué será uno abuelo á esta edad?
- D.^a JOS. ¡Porque este mundo está como Dios quiere!... Debía una tener los nietos á los veinte años.
- D. PAB. ¡Eso es! ¡Aunque hubiese que pedir la novia con niñera!
- D.^a JOS. Perdemos los estribos en hablando de Teodomirín.
- D. PAB. También ha tenido un poco de guasa el bautizarlo con ese nombre.
- D.^a JOS. ¡El de mi marido, don Pablo!
- D. PAB. ¡Doña Josefa, ya lo sé! Y reconozco que no está mal que se llame don Teodomiro un señor como su difunto de usted, que era bolsista y que estaba gordo... ¡Pero mire usted que ponerle don Teodomiro á un niño de esa edad!
- D.^a JOS. ¡Lo menos que se figura usted es que mi esposo nació ya bolsista y con panza!...
- D. PAB. (Riéndose.) ¿Sabe usted que parece que jugamos á los disparates?
- D.^a JOS. Sí que tenemos buen humor.
- D. PAB. Señal de que estamos satisfechos.
- D.^a JOS. Es la alegría de aquéllos, que viene hasta aquí...
- D. PAB. Porque sabe que de nosotros ha salido, y le gusta darse una vueltecita por su casa.
- D.^a JOS. Mire usted, abuelo: cada beso que le dan al nieto me parece que me lo dan á mí.
- D. PAB. ¡Y se lo dan á usted, qué duda cabe! ¡Por tabla, pero se lo dan á usted!
- D.^a JOS. ¿Y qué será que á ninguno se quiere como al último?
- D. PAB. Muy sencillo. Uno siente que esto se va, que la entrega de un momento á otro, y todo el cariño que le queda en el corazón, quiere echárselo encima al nieto...
- D.^a JOS. Puede que sea así; pero á mí no me hace gracia emprender el viaje tan pronto: no me asuste usted.
- D. PAB. Ah, ¿pero usted se figura que para mí es un confite la noticia?
- D.^a JOS. ¿No, verdad? Pues le prevengo á usted una cosa, consuegro.

- D. PAB. Diga usted, consuegra.
D.^a JOS. Que usted las lía primero que yo.
D. PAB. ¿Si, eh? Pues que sea enhorabuena, porque va usted á durar más que una taza rota.
D.^a JOS. ¿Tanta cuerda tiene usted, don Pablo?
D. PAB. Cuando yo le digo á usted que esté tranquila... Ya hablaremos dentro de treinta años.
D.^a JOS. ¿Dentro de treinta años? ¡Ahora si que jugamos á los disparates! (Los dos sueltan la risa.)
TER. volviendo á salir. Jaime la sigue.) Estaba agarrado al pecho como una fierecilla, y me ha echado una mirada con el rabillo del ojo, ¡de lo más inteligente!...
- JAIME (Limpiándose la cara con el pañuelo.) A mi me ha llenado toda la cara de babitas... ¡Ji, ji, ji!...
- D. PAB. Teresa, toma. (Le da dos moneditas de cincuenta céntimos.)
TER. Ay, papá, muchas gracias. (A Jaime) Mira: dos moneditas más. (A Doña Josefa.) Mamá, otras dos moneditas. (Depositándolas en una alcancía que hay en el foro sobre un mueble.) Para librar de quintas á mi Teodomirín.
D.^a JOS. Si es que no se libra por la talla.
D. PAB. Por la talla no se libran ya más que los jorobados. Y mi nieto va á ser un real mozo.
JAIME Pero se puede librar por el número
TER. ¡Ca! Será muy desgraciado en el juego, porque tendrá mucha suerte en los amores.
JAIME Como yo, como yo... ¡Ji, ji, ji!...
TER. Y como yo.
JAIME He tenido yo más, chachita.
TER. No, no, no, que he tenido yo más.
D.^a JOS. Bueno, vamos á dejar los mimos ahora, que hay varias cositas que hacer. (A Teresa.) ¿Le has escrito á tu tío?
TER. Sí. Sobre tu mesa tienes la carta, Jaimín, para que luego le pongas los acentos.
JAIME ¿Le has puesto tú las comas?
TER. Sí; á mi modo: una palabra sí y otra no.
D. PAB. Parecerá la carta un hormiguero.
D.^a JOS. ¿Y qué le dices á tu tío?
TER. Nada de particular: que aún no ha venido la visita que nos anuncia.

- JAIME Más que á un dolor le estoy yo temiendo á esa visita.
- D. PAB. ¿Ustedes los concen?
- D.ª JOS. De una temporada que estuvimos en Majalandrín con mi hermano. Es un matrimonio de sainete, pero inofensivo. A él, no sé por qué, le llaman los chicos del pueblo *Tiburón*, y creo que se pone por las nubes..
- JAIME ¡Ay, *Tiburón!* Eso tiene gracia... ¡*Tiburón!*
- TER. Las cosas de los pueblos.
- D. PAB. ¿Han llamado, tú?
- JAIME Sí.
- D.ª JOS. ¿Quién será ahora?
- TER. ¡Requejo! No hay mucho que pensar.
- D. PAB. Pero ¿es que vamos á tener Requejo á diario?
- JAIME ¿Y qué remedio queda? ¿A mí ya no me falta más que pegarle un tiro!
- D.ª JOS. ¡Pues pégaselo!
- TER. Y vendrá á almorzar. Y es un sucio en la mesa.
- D.ª JOS. Y fuera de la mesa también es un sucio.
- TER. Vamos, á mí me pone nerviosa ese hombre. No quiero verlo, no quiero verlo, no quiero verlo... (Se va presurosamente por la izquierda.)
- D.ª JOS. Ni yo tampoco, porque me voy á descarar con él. (Vase detrás de Teresita) ¡Jesús! ¡qué postilla!
- JAIME ¿Ve usted?
- D. PAB. Ya, ya veo. Les sobra razón, ¿eh? Ha tomado de aparedero la casa...

ESCENA IV

JAIME, DON PABLO y REQUEJO

- REQ. (Por el foro, todo salpicado de barro.) Hola, Jaime; ¿tienes abí un cepillo, que mira como me ha puesto un coche?
- JAIME (¡Me alegro!)
- REQ. A punto de cogerme estuvo.
- D. PAB. (¡Así te coja la máquina de apisonar, sin vergüenza!)

- JAIME Espere usted á que se seque un poco.
REQ. Mejor es. Chico, vengo á almorzar.
JAIME ¡Caramba!
REQ. Y á desayunarme primero. A estas horas—
las doce son—no ha entrado en mi cuerpo
ni agua. Puedo cantar misa.
- D. PAB. Hombre, ¿y cómo no ha tomado usted cual-
quier cosilla por ahí?
REQ. ¿Usted sabe con el humorcito que he salido
yo de mi casa? Van ustedes á ver qué es-
cena...
- D. PAB. No, señor, no vamos á verlo... Si empieza
usted, me largo...
- REQ. ¡Un capricho de Goya!... Mi mujer...
D. PAB. ¡Caray con el hombre.
JAIME ¡Que no queremos oír calamidades!
REQ. ¡Señor, si para mí es un desahogo!...
D. PAB. ¡Justamente! ¡es un *desahogo* como no hay
ejemplo! ¡Porque se está mal en la propia
casa venir á molestar á la ajena!
- REQ. Es que usted no se puede imaginar... ¡Si
aquello es el delirio, don Pablo! ¡Calculen
ustedes que mi suegra, de remate ya, está
escribiendo un folleto anarquista, y me llena
la casa de *compañeros*! El compañero Pérez,
el compañero Sánchez... ¡Y el compañero
Gomez se llevó el otro día un par de botas
de mi mujer! Cuestión de ideas..
- D. PAB. ¡Canasto, pues con meterla en un manico-
mio despacha usted!
- REQ. ¡No la toman! ¡Me dicen que está cuerda!
¡Vamos, hombre! ¡Y se pasa los días dando
gritos y tirando de pluma, y las noches in-
ventando explosivos! ¡No hay manera de co-
ger el sueño! Por supuesto que el que va
á volar la casa soy yo.
- D. PAB. ¡Me alegraré mucho! ¡Sobre todo si procura
usted que le coja dentro! (Vase por el foro hacia
la derecha.)
- REQ. ¡Qué impertinentes se ponen las personas de
cierta edad! Aunque sea tu padre, no de-
jarás de reconocer que eso no se le dice á nin-
guna persona decente.
- JAIME Ah, no; á ninguna persona decente.

- REQ. Celebro que estés de parte mía. Voy al comedor á tomarme cualquier futesilla antes que almorcemos.
- JAIME En el comedor, lo que es ahora...
- REQ. Yo buscaré, yo buscaré, no te muevas... ¡O hay confianza ó no hay confianza! (Vase por el foro, hacia la izquierda.)
- JAIME ¡Hay demasiada confianza, córcholis! (Se queda cruzado de brazos viéndolo irse.)

ESCENA V

JAIME, LEOPOLDO y TERESITA

- JAIME Bueno, ¿y qué hago yo con ese hombre? Luego Teresita se enfada, pero ¿qué hago yo? Nada, que le voy á meter dos cerillas en una albóndiga... y pase lo que pase. ¡El envenenamiento: no queda otro recurso! (Se sienta en el sofá y se recuesta un poco.) ¡Ay! ¡De qué buena gana descansaría un ratillo!... El heredero me trae como un sereno: teniendo que dormir de día... (Bostezando y desperezándose.) ¡Aaaaah!... (Cierra los ojos, decidido á echar un sueñecillo.)
- LEOP. (Desde la puerta del foro.) ¿Se puede?
- JAIME (¡Por vida!...) ¿Quién? (Se levanta)
- LEOP. Un amigo.
- JAIME ¡Leopoldo!
- LEOP. ¡Jaimel! (Se abrazan.)
- JAIME ¿Cuándo has llegado?
- LEOP. Anoche. ¡Qué gordo estás! Chico, ¡qué bien sienta esta vida!
- JAIME Al pelo, ya lo ves.
- LEOP. ¿Y á mí, cómo me encuentras?
- JAIME Como siempre. Un poco más tostado del sol, pero como siempre.
- LEOP. ¿Y Teresita?
- JAIME ¡Ay, Teresita!... Teresita no se parece á nada... Me tiene loco, loco... ¡Se me ha puesto más redondita y más monal!... ¡Ji, ji, ji! Voy á llamarla y la verás, que ha de alegrarse mucho.

- LEOP. A tu padre lo he visto en la escalera.
JAIME Vive aquí abajo. En cuanto instalaron el ascensor, le faltó tiempo para mudarse cerca de nosotros. (Llamando.) ¡Teresa! ¡Teresita! ¡Ven! ¡Verás quién está aquí!
- LEOP. De seguro que no imagina...
JAIME ¡Ni ella ni nadie!... Vaya, vaya con Leopoldo ..
- TER. (Saliendo por la puerta de la izquierda.) ¡Leopoldo!
LEOP. ¡Teresita!
TER. ¡En quien menos pensaba yo! ¿Cómo estamos?
- LEOP. No estamos mal... A usted ya la veo inmejorable...
JAIME ¿Verdad que se me ha puesto todavía más guapa?
- TER. ¡Calla, tonto! Siéntese usted. (Se sientan los tres.)
LEOP. ¿Y su mamá, Teresa?
TER. Hecha una pollita de quince años. Ahora saldrá. Está durmiendo á Teodoro.
- LEOP. ¡Ay! ¡es verdad! ¡que no he preguntado por el primogénito! No se enfaden ustedes ..
JAIME ¡Leopoldillo, un encanto, una gloria! (Mostrándole una fotografía que lleva en la cartera) Míralo, míralo; el otro día lo retratamos.
- TER. En cuerecitos vivos ..
JAIME No le falta ningún detallito... ¡Ji, ji, ji!
LEOP. ¡Buena persona! ¡Qué simpático y qué bonito es! Por supuesto que de tal palo... tal astilla. Deben estar ustedes orgullosos. (Le devuelve el retrato á Jaime)
- TER. (Muy esponjada.) No es porque sea hijo mío...
JAIME Nuestro, nuestro...
TER. No es porque sea hijo nuestro, pero es un querubín. Ya lo verá usted cuando esté dormido del todo.
- JAIME Vale más que no lo duerman, mujer.
TER. ¡Y si tiene sueño, el rey mío!...
JAIME Sí, pero luego de noche es ella. Se coloca en la cama entre los dos, ¿sabes? y vengan cosquillitas, y venga risa, y venga juego, y tira de aquí, y tira de allá, y no hay quien cierre un ojo dos minutos seguidos.
- TER. ¿Y á tí te pesa? ¡Mal padre; monstruo!

- JAIME ¡Monstruo! ¡monstruo me llama!... ¡Ji, ji, ji!
- LEOP. Sois un matrimonio ideal, modelo.
- TER. Luego, Dios nos ha mandado ese capullito...
- JAIME ¡Y que ha quedado Dios en el encargo de que no sea el último!... ¡Ji, ji, ji!...
- TER Jaimito...
- JAIME Tere-ita... (Se rien los dos y Leopoldo con ellos.)
- LEOP. Vaya, veo que han resuelto ustedes el problema. Los envidio con toda mi alma.
- TER. Bueno, ¿y usted? Hablemos de usted ahora. ¿Qué aparición es esta? ¿A qué vuelve usted a Madrid?
- JAIME ¿Vienes acaso á la Exposición?...
- TER. Cuente usted, cuente usted...
- JAIME ¡Vamos, hombre!
- LEOP. (Suspirando.) ¡Ay!
- JAIME ¡Adiós!
- TER. ¿Suspiros? ¡Malo! Digo, bueno.
- LEOP. (Muy serio.) ¿Quieren ustedes que les diga á lo que he venido á Madrid?
- JAIME Sí, hombre; pero sin tomarlo en ese tono tan lúgubre. No hace falta.
- LEOP. A casarme he venido.
- TER. ¿Hola?
- JAIME ¿Hola? Pues sí que viene á la *exposición*... ¡Ji, ji, ji!
- TER. Deja los chis'es, tonto.—¿Y con quién va usted á casarse, se puede saber?
- LEOP. Con Marta.
- TER. } ¿Con Marta?
- JAIME } (Alarmado) ¡Qué! ¿Es algún desatino que yo
- LEOP. } qu'era casarme con Marta?
- TER. ¿Qué ha de ser un desatino? Al contrario: nos parece muy bien; pero... Vamos por partes: ¿está usted seguro de que Marta piensa en usted?
- LEOP. Seguro: por lo que yo he pensado en ella.
- JAIME (A Leopoldo.) Oye, ¿la llamo?
- LEOP. ¿Cómo la llamo? ¿Qué quiere decir eso?
- TER. ¿Pero no le ha dicho á usted Jaime que Marta vive con nosotros?
- LEOP. (Asustado, temblón.) ¿Con ustedes?... ¿Marta?... ¿Y está ahí?...

- JAIME Hombre, no te asustes...
- TER Está en misa. Como tenemos la iglesia enfrente, ella solita atraviesa la calle...
- LEOP. A ver, á ver, explíquennme ustedes... díganme lo ocurrido... No, no; si ya noté yo al entrar que había en esta casa una luz, una transparencia en el ambiente, un aroma... un aroma...
- JAIME Eso del aroma es que gastamos un dineral en papel de Armenia... Con esto del chico...
- LEOP. ¿Quieres tener formalidad? Teresita, cuéntemelo usted todo ce por be.
- TER. ¡Si todo es nada! ¿Usted sabrá que el pobre don Abel murió el mes pasado?
- LEOP. ¡Como que á esa noticia obedece mi regreso á la Corte!
- TER. Bueno; pues como la pobre Martita vivía sola con él, se quedó... usted lo comprenderá, Leopoldo...
- JAIME A las clemencias del cielo, chico.
- LEOP. Es claro. Lo que yo imaginé.
- TER. Y mientras unos parientes lejanos de ella, que están en Lisboa, no resueiven en definitiva si se la llevan ó si no se la llevan, nos pareció lo natural traérnosla á casa.
- LEOP. ¡Cuánto les agradezco!...
- JAIME Y nos tiene hechizados, puedes creerme.
- TER. Es de una delicadeza que encanta. Se resistió mucho á venir; nos hablaba de arreglar sombreros, de coser... ¡Pobrecita!
- LEOP. ¡Ay! Permítanme ustedes que me desahogue: ¡soy el hombre más grosero de espíritu y más desconsiderado que hay en el planeta!
- JAIME Tú no conoces á Requejo, ¿verdad?
- LEOP. ¡Hombre, deja las bromas! Teresita, Jaime, amigos míos: ¿no opinan ustedes que mi deber es hablar con Marta, pedirle perdón, decirle que la quiero más cada día? Aconséjenme ustedes, ilumínenme, que en este paso que voy á dar, está mi salvación ó mi ruina completa. ¿Qué debo hacer? ¿qué hago?

(Llora dentro Teo lomirito, con toda la fuerza de sus

pulmones y todas las galas de su estilo. Oirlo y levantarse como por resorte Teresita y Jaime y dejar al otro con la palabra en la boca, todo es uno.)

TER.

¿A ver?... ¿Llora el niño?

JAIME

¿Llora el niño?

TER.

¡Ama! ¡ama!

JAIME

Esa mujer...

TER.

Ni un momento puedo apartarme... Perdóne usted, Leopoldo...

JAIME

Sí, sí, perdona, chico...

TER.

¿Qué le han hecho á mi rey, qué le han hecho?

JAIME

¿Quién ha sido el infame, que lo voy á matar? (Se van los dos á escape por la puerta de la izquierda. Poco después se oye más lejos el llanto del niño, hasta que se pierde por completo.)

ESCENA VI

LEOPOLDO y MARTA

LEOP.

(Levantándose) ¡Qué egoistas son los dichosos!... Estos padres felices no tienen entrañas... (Pasea d sasosegado.) Marta aquí, Marta aquí... ¡Si parece providencial todo lo que ocurre!... El corazón me va á saltar del pecho de un momento á otro... ¿Y qué haré yo? ¿Esperarla? ¿irme?... (Viendo á Marta, que llega por el foro vestida de negro, con gabán y velito, un devocionario en una mano y un rosario envuelto á la muñeca.) ¡Ah! (Quédase sobreogido.)

MARTA

¿Eh? (Reparando en Leopoldo.) ¡Jesús María!) (Baja los ojos llena de emoción, y así permanece unos instantes, en que él la mira sin pestañear.)

LEOP.

¿Cómo está usted, Marta?

MARTA

Bien, ¿y usted, Leopoldo?

LEOP.

¿Le sorprende á usted encontrarme, verdad?

MARTA

Sí; no esperaba... (Pausa breve.)

LEOP.

¡Or su tío de usted no le pregunto porque va he sabido que se murió.

MARTA

Sí.

LEOP.

(¡Qué bárbaro! ¡qué estupidez he dicho!)

MARTA Crea usted que lo he sentido con toda mi alma.
Gracias, Leopoldo. Con permiso de usted...
(Vase por la puerta de la izquierda. Leopoldo la ve alejarse emocionado)

ESCENA VII

LEOPOLDO y JAIME

LEOP. (Estallando en locura amorosa.) ¡Jesús! ¡Jesús, Dios mío! ¿Qué ha sido esto? ¿Qué torrente de luz es este que se me ha metido en el alma? ¡Está divina! ¡encantadora!... Ese traje negro la hermosea, la idealiza... (Aparece Jaime por el foro.) ¡Jaime! ¡abrázame!

JAIME ¿Qué te sucede?

LEOP. ¡Abrázame! (se abrazan.) ¡La he visto!

JAIME ¿La has visto?

LEOP. ¡Sí!

JAIME ¿Y crees en Dios?

LEOP. ¡Desde luego! ¡Si supieras qué desconcierto hay dentro de mí; qué derrumbamiento de las mil majaderías que me cegaban, de todas las pequeñeces ridículas que en la ausencia he inventado para olvidarla!...

JAIME Pero, bueno, no te exaltes, oye: ¿qué piensas hacer?

LEOP. ¡Casarme mañana!

JAIME No seas loco, por Dios. ¿Has hablado con ella?

LEOP. Tres palabras. Y le he dicho cuatro tonterías.

JAIME ¿Nada más?

LEOP. ¿Te parecen pocas? Tú me conoces bien. Escucha: se me ocurre una idea feliz.

JAIME Lo dudo.

LEOP. Le voy á escribir una carta.

JAIME ¡Hombre, no!

LEOP. ¿Por qué no?

JAIME Viviendo aquí con nosotros, siendo tú amigo nuestro, pudiendo hablarle...

LEOP. A pesar de eso. Estoy más seguro de mi

pluma que de mi palabra. Además, escribiéndole yo, le doy tiempo para que medite su respuesta; evito que sea un chispazo del amor propio herido... Me volcaré en la carta: mojaré la pluma en el corazón... La haré ver mis remordimientos crueles, mi cariño, que se agranda por días... Llévame á tu escritorio.

JAIME Haz lo que quieras, hombre. Después de todo no me parece mal.

LEOP ¿Es esa habitación que hay á la derecha, según se sale?

JAIME Sí.

LEOP Pues no te molestes. Necesito estar solo. No quiero figuras decorativas ni sombras chinescas.

JAIME Gracias.

LEOP Hasta luego.

JAIME Oye.

LEOP Qué.

JAIME ¿Tú almorzarás hoy con nosotros?

LEOP ¡Yo no necesito almorzar hoy! (Vase por el foro, hacia la derecha.)

ESCENA VIII

JAIME, después RAMONA, DON CARMELO y DOÑA FEDERICA

JAIME ¡Atiza! Estoy viendo que ese se pasa el día metido en el despacho. Si; porque ningún borrador va á gustarle... Allá él... A mí, por de pronto, que me entren moscas... Entornando este balcón un poquillo, me tumbó en el sofá y descanso aunque sean diez minutos. No me lo impide nadie. (Cierra las puertas del balcón, se quita la americana y se tiende á la larga en el sofá del foro.) Si no hago esto, voy á pasarme el día como los abejorros, tropezando en todas las paredes... ¡Aaaaaaah!... (Se queda casi instantáneamente cuajado como un ángel. A poco se le cae un brazo y se coloca panza arriba en actitud nada académica.) Lo que agradece el cuerpo un descansillo... por pequeño que sea... (Resuella

- fuerte, ronca algo, rumia y se entrega á todo género de libertades. Aparece Ramona en el foro, con doña Federica y don Carmelo. Son los de Majalandrín y está todo dicho. La señora usa «impertinentes» y el caballero botón en la solapa. Visten con pretensiones de elegantes, sin ser caricaturas.)
- RAM. Pasen ustedes.
- D. CAR. (Tropezando en una silla apenas llega.) Cuidado, Federica. (Pasa con la señora al primer término de la derecha.)
- RAM. ¿Quién ha cerrado aquí? (Va al balcón y lo abre.) Siéntense ustedes, que voy á avisar á los señoritos. (Se marcha por la puerta de la izquierda.)
- D.^a FED. Has debido darle una tarjeta con un picodoblado.
- D. CAR. Mujer, por Dios; eso es en las visitas de pésame. No acabas de aprender.
- D.^a FED. Oye, yo creo que la hora no será inconveniente.
- D. CAR. Ya me he cuidado de eso. Es la hora de rigor. (Da media vuelta, y se encuentra de manos á boca con Jaime en el sofá. Al verlo corre por todo su cuerpo un sudor frío. Hubiera preferido morir de repente.) ¡Federica!
- D.^a FED. Carmelo.
- D. CAR. ¿Ves?
- D.^a FED. ¡Qué atrocidad! ¿Pues no asegurabas que era la hora de rigor?
- D. CAR. No me reproches.
- D.^a FED. Tú dirás lo que hacemos.
- D. CAR. Hurgarle no le hurgo. ¿Te parece que toque las palmas para que se despierte y nos vea?
- D.^a FED. Mejor es otra cosa.
- D. CAR. ¿Mejor?
- D.^a FED. Siéntate aquí... y no hemos visto nada.
- D. CAR. ¡Bravo! (Se sientan á la izquierda, vueltos de espaldas al sofá. Jaime ronca fuerte.)
- D.^a FED. Ni hemos oído nada.
- D. CAR. Nada. Ahí viene la chica.
- D.^a FED. Ahora es ella.
- D. CAR. Yo me hago el chivo loco. (Se pone á hacer dibujos en el suelo con el bastón y su señora con la sombrilla.)
- RAM. (Por la izquierda.) El señorito debe de estar en

el despacho. (Al ir hacia el foro vé á Jaime y se queda clavada.) ¡Dios mío!

D.^a FED. (Estoy sudando caldo del puchero.)

D. CAR. (Tarareando.) Lará, lará, lará, lará...

RAM. (Lo llamaré; ¿qué voy á hacerle?) Señorito Jaime... señorito Jaime... (Gritándole al ver que no se despierta.) ¡Señorito Jaime! ¡que están aquí los señores de Majalandrín!

JAIME (Sin abrir los ojos y sin hacerse cargo de la situación.) ¿Eh?

RAM. ¡Que están aquí los señores de Majalandrín!

JAIME Diles que he salido.

D. CAR. (Dándole un codazo á su señora.) ¡Federica!

RAM. ¡Virgen! Señorito, si es que *están aquí*... ¿no se ha enterado usted?

JAIME (En el mismo estado.) ¡Que se vayan! No tengo ganas de recibir paletos ahora... (Da media vuelta en el sofá.)

D. CAR. (Como antes.) ¡Federica!

D.^a FED. ¡Carmelo!

RAM. (Despertando á Jaime á viva fuerza.) ¡Señorito, por Dios!

JAIME ¿Quieres dejarme?

RAM. ¡Señorito!

D. CAR. (Levantándose de un salto.) No le moleste más. Nos iremos. (Se levanta también doña Federica.)

JAIME (Incorporándose aterrado al oír la voz de don Carmelo y poniéndose de pie muerto de vergüenza.) ¿Eh?... ¿Cómo?... ¡Ah! Señora... Caballero... Ustedes perdonen... (A Ramona.) Mujer, bien podías... (Reparando que está en chaleco.) ¡Uf! (Se pone la americana á escape.) Bien podías haberme avisado...

RAM. Señorito, yo..

JAIME Vete, vete; no hables. (Vase Ramona por el foro.)

ESCENA IX

JAIME, DON CARMELO y DOÑA FEDERICA; luego TERESITA;
después DOÑA JOSEFA

- JAIME Estas criadas... Pero, siéntense ustedes, por María Santísima... (¡Yo mato á Ramona!)
- D. CAR. Deploraríamos haber venido á incomodar...
- JAIME ¡Calle usted, señor mío!... Nada de eso... Siéntense ustedes... (Se sientan los de Majalandrin.) Tengo la manía de acostarme á descansar ahí... Como el chico nos da tan malas noches... (Me parece que peor es meneallo.) Pero ¿no le han avisado á mi mujer? (Va á la puerta de la izquierda y grita.) ¡Teresa! ¡Ven, hija mía, que tenemos aquí á Tiburón!
- D. CAR. (Levantándose.) ¿Eh?
- JAIME (¡Adiós! ¡le he llamado por el motel)
- D. CAR. ¿Ignora usted mi apellido, señor caballero?
- JAIME (Este me salta un ojo.) No, ¡qué disparate! sino que... que... Vaya, vaya... Pero sentémonos. (Se sientan.) (Van dos seguidas que ya, ya) ¿Y qué tal el viaje?
- D.ª FED. Bien. En primera.
- JAIME Con que en primera... Bueno, bueno... ¿Por mucho tiempo aquí?
- D. CAR. No; nos iremos pronto...
- D.ª FED. Ya ve usted; á la una es la mesa redonda...
- JAIME Si digo en Madrid, señora mía.
- D. CAR. ¡Ah! (¡Qué finura de ingenio hay en la Corte!)
- D.ª FED. En Madrid estaremos una semanita.
- JAIME Una semanita... (causa breve) ¿Y por allá, bien?
- D. CAR. Bien, sí, señor.
- JAIME ¿El tío bien?
- D.ª FED. Sí, señor, bien.
- JAIME ¿Los niños bien?
- D. CAR. Bien, bien; los niños están bien.
- D.ª FED. El tío nos encargó mucho que viniéramos á visitar á ustedes...
- JAIME Je, je... (A esta señora la he visto yo por una perra gorda)

- TER. (Por la izquierda.) ¿Cómo vamos? Doña Federica, tantísimo gusto... Don Toribio...
- D. CAR. Don Carmelo.
- TER. ¡Don Carmelo!... ¿Qué tal, qué tal?...
- D. CAR. Señora...
- D.^a FED. Señorita...
- TER. Siéntense, siéntense... (Se sientan todos.--A Jaime, bajo.) (Oye, ¿qué trae don Carmelo en la solapa? ¿Es un caramelo de los Alpes?) (Los dos sofocan la risa con gran esfuerzo. Pausa.)
- JAIME Vaya, vaya, vaya...
- TER. ¿Por mucho tiempo aquí?
- D. CAR. Aquí, en Madrid, por una semana.
- JAIME Je...
- TER. ¿Y por allá, bien?
- D.^a FED. Bien, sí señora.
- TER. ¿El tío bien?
- D. CAR. Sí, señora, bien.
- TER. ¿Los niños bien?
- D.^a FED. Bien, bien; los niños están bien.
- D. CAR. El tío nos encargó mucho que viniéramos á visitar á ustedes...
- D.^a JOS. (Por la izquierda.) ¡Hola, hola! ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Cómo sigue usted, Federica?
- D.^a FED. Bien, ¿y usted?
- D.^a JOS. ¿Y usted, Gundemaro?
- D. CAR. Carmelo, señora.
- D.^a JOS. ¡Ay, es verdad! ¡Qué cabeza la mía! Pero, siéntense ustedes... (Se sientan todos.)
- JAIME Bueno, bueno, bueno...
- D.^a JOS. ¿Mucho tiempo entre nosotros?
- D.^a FED. Una semanita.
- D.^a JOS. ¿Por allá bien, eh?
- D. CAR. Bien, sí señora.
- D.^a JOS. ¿Mi hermano bien?
- D.^a FED. Sí, señora, bien.
- D.^a JOS. ¿Los niños bien?
- D. CAR. Bien, bien; los niños están bien.
- D.^a FED. Su hermano de usted nos encargó mucho que viniéramos...
- D. CAR. ¡Ah, es claro! Si no nosotros no hubiéramos venido...
- JAIME Ustedes siempre vienen á su casa...
- D. CAR. La de ustedes, en Majalandrin, Larga del

Boticario, 15... (Teresita y Jaime sofocan nuevamente la risa. Pausa. Sonrisas generales No surge una idea ni para un remedio.)

- TER. Vaya, vaya, vaya...
D.^a JOS. Bien, hombre, bien...
JAIME ¡Caramba, caramba, carambal...
D. CAR. Pues... el tío está rabiando por conocer al pequeñuelo de ustedes...
D.^a FED. ¿No anda por ahí?
TER. Todavía no anda, señora.
D.^a FED. Tendría gusto en verlo.
JAIME ¿Y si se asusta?
D. CAR. ¿Eh? (Teresita y Jaime apenas pueden ya tener la risa.)
D.^a JOS. En cuanto ve personas extrañas se asusta.
TER. Según le coge. Llamaremos al ama á ver. ¡Raimunda! ¡traiga usted al niño!
JAIME (Aprovechando la ocasión para soltar la risa naturalmente. Teresita se ríe con él.) Es un monicaco que nos tiene sorbido el seso. ¿Ustedes tienen hijos?
D. CAR. Sí, señor; uno de Federica y otro de un servidor de ustedes.
TER. ¿Cómo?
D.^a FED. De nuestros primeros enlaces. Este y yo no hemos *congeniado*. (Pausa. Todos clavan la vista en el suelo. Después todos levantan al mismo tiempo los ojos y se miran.)
D. CAR. (No se me ocurre nada absolutamente. ¡Qué angustia!)
D.^a FED. (A don Carmelo.) (Se te ha soltado la cinta de los calzoncillos.)
D. CAR. (¡Maldición!) (Hace esfuerzos por recogerse la con disimulo y no puede. La preocupación le amarga la visita.)
JAIME Lo que quiero que nos digan ustedes es donde viven, para ir á visitarlos antes que se marchen.
D. CAR. ¡Ah, no, no; cumplidos con nosotros no!
D.^a FED. Nosotros somos muy *á la pierna la llana*.
D. CAR. Estamos reñidos con la *pompadur*.
TER. ¿Qué?
D. CAR. Además, vamos á trasladarnos de fonda.
D.^a JOS. ¿Y eso?

D. CAR. Porque nos dijeron ayer una cosa que no tiene gracia ninguna: parece ser que junto á nuestra habitación hay tres enfermos de viruelas. (Teresita, doña Josefa y Jaime dan un grito agudísimo y se ponen de pie Inmediatamente se levantan también los de Majalandrín, con el asombro consiguiente.)

TER.

D.^a JOS.

JAIME

D. CAR.

D.^a FED.

JAIME

TER.

D.^a JOS.

D. CAR.

TER.

D.^a JOS.

TER.

¡Ah!

¿Eh?

¿Viruelas dice usted?

¿Viruelas en la fonda?

¿Viruelas?

Viruelas, pero...

¡No hay pero que valga!

¡For la virgen del Carmen!

(Encarándose con don Carmelo y doña Federica.) ¡Jesús! ¡Yo me voy ahora mismo de aquí! ¡Es una imprudencia! ¡es una imprudencia saber eso y venir á una casa en que hay una criatura! ¡No se acerquen á mí! ¡no se acerquen! ¡Me voy! ¡me voy! (Vase de estampía por la izquierda. Los de Majalandrín tratan de hablar y doña Josefa, que también se encara con ellos, no los deja.)

D.^a JOS.

¡Al diablo se le ocurre vivir donde hay viruelas y venir acá! ¡Si el niño enferma ustedes serán los culpables! ¡Y mire usted qué responsabilidad tan espantosa para mi pobre hermano, por haber mandado la visita! ¡No lo quiera Dios! ¡no lo quiera Dios! (Vase detrás de Teresita. Durante las palabras de una y otra suena dos ó tres veces el pito. Las primeras notas estremecen á los de Majalandrín.)

D. CAR

Le advierto á usted que parece que son locas...

JAIME

(Sulfurándose.) ¡Oiga usted!

D. CAR.

¡Las viruelas digo, señor!

JAIME

¡Ah!

D. CAR

Por cierto que extraño muy mucho...

JAIME

Disimulen ustedes... Son una madre... y una abuela...

D. CAR

(¡Son un par de tarascas!) Nuestro deber es irnos, lo comprendo...

- JAIME Eso sí...
- D.^a FED. Crea usted que no caímos en la cuenta...
- D. CAR. Quede usted con Dios.
- JAIME ¡No me dé usted la mano!
- D.^a FED. ¿Y qué le decimos al tío?
- JAIME Que hemos tenido mucho gusto en conocer á u-tedes. Pasen delante, pasen.
- D. CAR. Servidor. (A doña Federica, en la puerta del foro ya.)
(¡Esta visita no se me olvida á mí mientras viva!) (Suena el pito y dan un respingo los dos.)
- D.^a FED. (¡Ni á mí tampoco!) (Se van por el foro. Jaime los sigue á alguna distancia.)

ESCENA X

JAIME, DON PABLO, DOÑA JOSEFA y TERESITA

- (Pausa. En esta escena todos son sustos, carreras y emociones fuertes.)
- JAIME (Por el foro, corriendo) ¡Hay que fumigar! ¡hay que fumigar! ¡Teresita! Vase por la izquierda.)
- D. PAB. (Por el foro, desde la derecha.) ¡Jaime! ¡Jaime! Pita que pita y nadie me hace caso... ¡Jaime! (Vase por la izquierda también.)
- JAIME (Por el foro, desde la izquierda.) ¡Papa! ¡papá! ¿Dónde anda usted? ¡Ay, Santo Dios, qué trance más horrible! ¡Pobre Teodomirín de mi alma!
- D. PAB. (Volviendo á salir por la izquierda y topándose con Jaime.) ¡Jaime!
- JAIME ¡Papa!
- D. PAB. Acaba de contarme Teresita... ¡Qué bárbaros!
- JAIME ¡Qué estúpidos! Hay que fumigar á esa criatura.
- D. PAB. Hay que vacunarla. ¡A escape por un médico!
- JAIME Allá voy yo (Métese por la puerta de la izquierda.)
- D.^a JOS. (Por el foro, desde la izquierda.) ¡Imprudencia mayor, don Pablo! ¡Estoy indignada! (Asomándose al balcón y gritando.) Ahora salen de acá. ¡Majalandrines! (Apártase del balcón, y no contenta con el insulto vuelve á él y grita.) ¡*Tiburón!*
- D. PAB. ¡líreles usted una maceta!

- TER. (Por el foro también.) ¡Ay, Dios mío!
¡Mamá! ¡papá!... ¡Otra desgracia!
- JAIME (Con el sombrero puesto, por la izquierda.) ¿Qué sucede?
- TER. ¡El ama que dice que se va por miedo á las viruelas!
- D.^a JOS. ¡Ay, Virgen del Carmen!
- JAIME ¡Jesús, qué conflicto!
- TER. ¡Yo estoy que se me puede ahogar con un cabello!
- JAIME ¡Pobre Teodomirín!
- TER. ¡Hijo de mis entrañas!
- D. PAB. ¡No amilanarse, por Dios vivo! Todo tiene arreglo. (A Teresita.) Tú, á cantarle la nana al retoño. (A doña Josefa.) Usted, á convencer al ama para que se quede. (A Jaime.) Tú, á buscar otra ama, por si acaso. Y yo, por un biberon, por leche, por un médico y por una ternera para la vacuna. ¡Sobre la marcha!
- JAIME ¡Andando!
- TER. ¡Ay, Dios mío de vida!
- D.^a JOS. ¡Ay, qué demonios de paletos! (se van don Pablo y Jaime por el foro, hacia la derecha; Teresita por la izquierda y doña Josefa detrás. Queda la escena sola un rato.)

ESCENA XI

REQUEJO y LEOPOLDO

- REQ. (Por el foro, cogido á un brazo del otro infeliz.) Usted no tiene más que ver el cuadro de esta casa.
- LEOP. (¡Qué pesado es este señor! Se ha metido en el escritorio y no me deja)
- REQ. Mire usted en un momento qué tremolina. Inútil ya, ¿eh? Esto es aparte: al chico le dan las viruelas.
- LEOP. ¡Hombre, por Dios!
- REQ. Usted lo verá. ¡Si en cuanto se casa uno viene la mala y ya no le suceden más que desastres!
- LEOP. ¡Es usted el único para desilusionar á cual-

- quiera! ¿Cómo se las compone usted para no ver más que el lado negro de las cosas?
- REQ. Pero ¿usted cree que las cosas tienen algún lado de otro color? ¡No sea usted inocente! ¡Hágame usted caso á mí, y no pierda su libertad de pájaro! Usted no sabe lo que es salir á la calle con la mujer, la suegra, los chicos, las amas.. y a'gún perro que se venga detrás. Sube usted á un tranvía y se bajan todos los conocidos... ó se van á la plataforma de delante. ¡Desde que me casé no me ha pagado nadie el tranvía!
- LEOP. (Riéndose.) ¡Es un argumento que no me convence! ¿Tiene usted muchos chicos?
- REQ. Doce nada más.
- LEOP. ¿Doce?
- REQ. Es otra gracia de las señoras: cuando dan en echarlos al mundo lo mismo que grajea. Y le prevengo á usted que esas finitas, así de la pinta de la de usted... ¡son de mucho cuidado! ¡Mi señora era un hilo!
- LEOP. ¡Mejor! ¿Cree usted que yo me casaría si supiese que no iba á tener hijos?
- REQ. ¡Como yo! ¡Lo mismo que yo! *Me estoy oyendo*, cuando tenía la edad de usted. ¡Claro! usted, artista al fin, soñará con dos ó tres pimpollos, cabecitas rubias, ángeles de Murillo que hagan un cielo del hogar.. ¡Oh! Ya verá usted cuando empiecen á venir uno detrás de otro hasta quince, y todos feos.
- LEOP. ¿Todos feos?
- REQ. Todos. Mire usted: si son bonitos cuando chicos, se ponen feos después: ¡yo era precioso; no le digo á usted más! Y si cuando chicos son feos, ¡cualquiera los enmienda! Item: además de feos le salen á usted brutos.
- LEOP. ¡Caramba!
- REQ. Y que no tiene vuelta de hoja. Supongamos que es usted hombre de talento.
- LEOP. Gracias.
- REQ. Es una suposición nada más.
- LEOP. Por eso doy las gracias.

- REQ. Bueno, pues á los hombres de talento, ya se sabe y está demostrado: los hijos, brutos. Supongamos, en cambio, que es usted un bruto: ¡pues le salen brutos, no cabe duda! ¡De padres brutos, hijos brutos! ¡Esto es como la luz!
- LEOP. ¿Y quien le ha enseñado á usted esa teoría tan consoladora?
- REQ. Mi padre, que tenía muchísimo talento.
- LEOP. Ah, ya. Bueno, pues usted dirá lo que quiere; pero los chiquillos son una gloria, son la alegría del mundo.
- REQ. ¡Oh, sí!.. Le quitan á usted el reloj, lo echan al puchero, le pisan las gafas, hacen un carrito del sombrero de copa... ¡Un encanto, un encanto!.. Si quiere usted bendecir la paz conyugal, Berengena, 12. Y me voy á ver cómo anda el almuerzo, porque aquí no piensan más que en el niño y yo me estoy cayendo de debilidad. Luego seguiremos hablando. (Hace que se va y vuelve.)
- LEOP. Bien, pero de cosas más agradables.
- REQ. Oiga usted un detalle conmovedor: ¿cuántos huevos cree usted que se consumen en mi casa al año?
- LEOP. Hombre, no puedo calcular...
- REQ. ¡Veinticinco mil! Todas las gallinas de Madrid poniendo nada más que para nosotros... ¡Una delicia! ¡Cuando llegue usted á una situación semejante, tendrá que pintar con las dos manos! ¡Una delicia! (vuelve la espalda y se va por el foro hacia la izquierda, ofateando, Leopoldo lo sigue hasta el pasillo.) (Me parece que hay almejas á la marinera.)

ESCENA XII

LEOPOLDO y MARTA

- LEOP. ¡Cristo, qué hombre! Espanto da pensar en su casa. ¡Qué perversión! ¡qué grosería! ¡Digo! ¡lo que me quiere quitar de la cabeza!... (Sale Marta por la puerta de la izquierda y se

encamina á la del foro, donde se encuentra con Leopoldo, que vuelve al gabinete ya.) ¡Marta!

MARTA ¡Leopoldo! ¿otra vez?

LEOP. Bien sabe Dios que ha sido casualidad. Parece que la suerte lo dispone.

MARTA Es muy caprichosa la suerte. ¿Me deja usted salir?

LEOP. Si es usted la que no me deja á mí entrar.

MARTA (Echándose á un lado.) Pase usted.

LEOP. (Avanzando.) Gracias. Dentro ya, ahora le suplico que no se vaya.

MARTA Tengo que escribirle á una amiga...

LEOP. ¿No quiere usted escucharme antes?

MARTA ¿Sobre qué?

LEOP. (Con sinceridad y pasión.) Sobre que he sido un insensato. ¿Te agrada el tema?

MARTA Para mí no tiene interés

LEOP. ¿Qué dices?

MARTA Lo que oyes. ¿A qué vienes aquí de nuevo? Cuando ya el tiempo ha enfriado nuestro sentimiento — al menos el mío,—cuando nuestra separación me parece la más natural de las cosas, ¿vienes tú á remover lo pasado, á hacerme padecer de nuevo?...

LEOP. Fíjate que he dicho que fui un insensato. Lo reconozco, porque ya no lo soy. Marta, Marta mía, en ausencia tan larga yo no he podido ahogar este cariño que me lleva á tí. No he sabido pintar más que tu retrato. Recuerdo que aquí mismo nos vimos por última vez, y que nada pudo el ambiente de este nido de amores sobre nuestros ojos de un momento. Nos separamos... y hoy, en el mismo nido, al calor de la misma atmósfera de felicidad, volvemos á encontrarnos... ¿Será que puede más la ley del amor que la de las pasiones mezquinas?

MARTA No lo sé. (Con voz apagada por la emoción) Sólo sé que mirándote padezco mucho, que sufro más... y que, sin embargo, encuentro en tu presencia un consuelo, un alivio... ¿Entiendes esto?

LEOP. Demasiado. Te hago sufrir, porque supones que ofendo tu cariño todavía; te consuela el

verme, porque aún me quieres á pesar tuyo.
¿Es verdad?

MARTA

Es verdad.

LEOP.

¡Bendita seas! Perdóname. Lo merezco, porque también he padecido mucho. Si mi ceguera fué grande, lo fué porque era hermana de mi cariño. ¡Imagina tú qué lucha en mi ánimo! Pero ya estoy libre de ella: no hay como sufrir para abrir los ojos á la verdad. Más te digo: si mis celos volvieran á inquietar mi corazón alguna vez, yo los ahogaría sin un grito, ni una protesta; y si temiese que pudieran furtivamente asomar á mis ojos, cerraría los ojos para que no los vieses tú.

MARTA

Es tan sincero lo que me dices que te creo y te perdono. Efectivamente has aprendido mucho y has cambiado más. Pareces otro hombre.

LEOP.

Y lo soy.

MARTA

I ues yo soy la misma mujer.

LEOP.

Por eso te quiero yo igual que te quería.

MARTA

Yc, en cambio, como has variado para mejorarte, te quiero más aún.

LEOP.

Más que me querías, lo admito; pero no más que te quiero yo á tí.

MARTA

Continúas tan ambicioso. En eso eres el mismo de antes.

LEOP.

Tú solo en una cosa no eres la misma.

MARTA

¿Si?

LEOP.

Estás aún más bonita que estabas.

MARTA

Empezaron las flores.

LEOP.

Buena señal: empezó la alegría.

MARTA

¿Seguirá?

LEOP.

¡Quién lo duda! ¡Aquí ya no va á haber más que flores!

MARTA

¿Lo crees así de veras?

LEOP.

Lo aseguro. (Con vehemencia.) Si brota alguna espina, de mi cuenta corre cortarla de raíz. Mi casa, nuestra casa, si me permites que así lo diga, va á ser un paraíso encantado, un rincón del cielo.

MARTA

Veo que sigues tan exaltado como te fuiste. Tampoco en eso has variado.

- LEOP. Ni había para qué. Oye: ¿por qué te peinas ahora así?
- MARTA Porque estoy más bonita.
- LEOP. (Celoso.) ¿Quién te lo ha dicho?
- MARTA Tú
- LEOP. ¿Yo?
- MARTA (Riéndose.) ¡Hace dos minutos!
- LEOP. (Lo mismo.) ¡Pues es verdad!
- MARTA (Con candoroso desencanto) ¡Ay, Leopoldo, qué descubrimiento acabo de hacer!
- LEOP. ¿Cual, hija mía?
- MARTA ¡Que no has cambiado en nada absolutamente!
- LEOP. ¡Mal rayo me parta! Pero ¿tú me quieres así, verdad?
- MARTA Así te quiero. Mi cariño te cambiará.

ESCENA XIII

DICHOS, JAIME y DON PABLO, DOÑA JOSEFA y TERESITA

- JAIME (Por el foro, con don Pablo, á tiempo de oír la última frase.) ¡Ole!
- D. PAB. ¡Ole! (Trae un biberón, unas sonajas, un muñeco de goma con un pito y un globo.)
- LEOP. ¡Don Pablo!
- MARTA ¡Jaime!
- LEOP. ¡Abrácenme ustedes!
- D. PAB. ¡Ya lo creo!
- JAIME ¿Lo ves, hombre, lo ves?
- D. PAB. ¿Y Teodomirín?
- MARTA Está más tranquilito. Se queda el ama, ¿sabe usted?
- JAIME ¡Ay, qué felicidad! (A Leopoldo.) ¡Tú no sabes lo que es ser padre! ¿Y qué hago yo ahora con esas tres fieras que tengo abajo?
- TER. (Saliendo con doña Josefa por la izquierda.) ¡Jaimín, se queda el ama!
- D.^a JOS. ¡Se queda el ama!
- JAIME Ya lo sé, ya lo sé...
- D. PAB. Luego vendrá el médico á vacunar al niño. Me ha dicho que somes unos pamplinosos.
- TER. Pamplinosos ó no, yo lo he fumigado.

- JAIME ;Bien hecho! ¡Qué talento tienes!
- D. PAB. ;Mira todo lo que le traigo á ese diablillo!
- D.^a JCS. ;Ay, lo que va á gozar!
- MARTA ;No me dices nada, Teresita?
- TER. ;Es verdad, hija!
- D.^a JOS. ;Es verdad!
- TER. Y es que la cosa es tan natural, que ni siquiera nos había chocado. ¡Que sea enhorabuena!
- D.^a JCS. (A Marta.) ;Lo ves, tonta, lo ves?
- TER. (A Leopoldo) ;Lo ve usted, melón?
- LEOP. ;Ja, ja, ja! (Leopoldo y Marta charlan á la derecha; al foro, sentados, Teresita y Jaime, y á la izquierda doña Josefa y don Pablo. Mientras unos hablan en alta voz los otros hablan quedo. En todos los ojos resplandece la felicidad.)
- MARTA Leopoldo, ¡qué contenta estoy!
- LEOP. Pues ¿y yo, Marta? ¡Jugaría con mi corazón a la pelota!
- MARTA ;No quiero pensar que ha podido escapárenos esta dicha!
- LEOP. Lo pasado, pasado. Alegrémonos del día de hoy, y no pensemos más que en el de mañana.
- TER. Acostadito en nuestra cama está. Yo me quedo embobada mirándolo... Parece una rosita en nieve.
- JAIME ;Como que es tu vivo retrato, glorial Nariz y todo. ¿Te cambiarías ahora mismo por alguien, siendo su mamá?
- TER. Por nadie, por nadie, por nadie...
- D.^a JOS. Un nido más que vemos formarse, consuegro mío.
- D. PAB. ¿Cuál? ;El de aquellos dos?
- D.^a JOS. Para esto hemos quedado ya, don Pablo de mis culpas.
- D. PAB. ;También hemos pasado por lo otro, doña Josefa de mis entrañas! ¡Y bendiga Dios esto, que nos sirve para recordarlo!
- D.^a JOS. Eso sí.

ESCENA ÚLTIMA

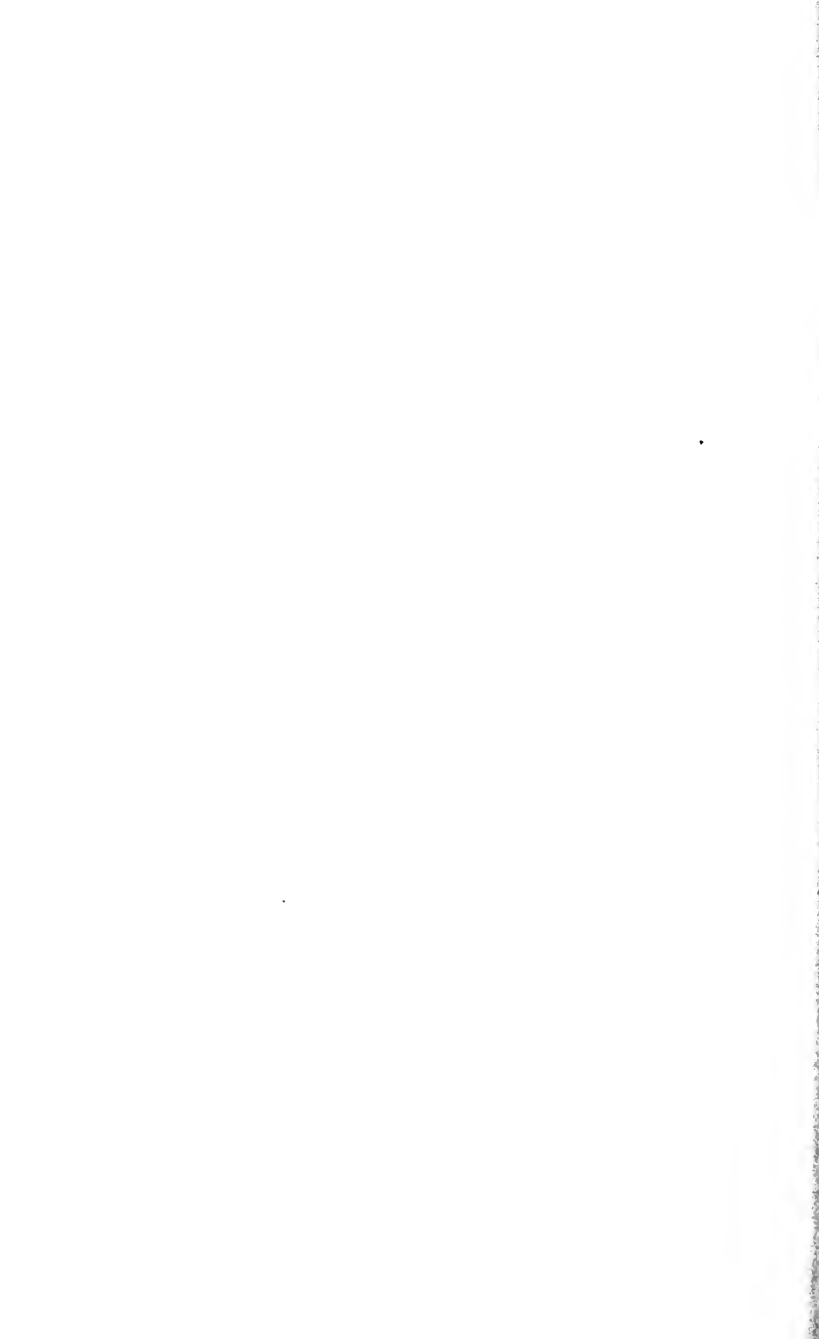
DICHOS y REQUEJO

- REQ. (Asomándose á la puerta del foro.) ¿Se almuerza ó no se almuerza, señores? (Movimiento de indignación general.)
- JAIME
REQ. Pero ¿dónde estaba usted metido?
En la cocina, mariposeando. (A Leopoldo.)
¡Hola! ¿qué veo? ¿Por fin cayó usted en la ratonera?
- LEOP.
REQ. ¡Por fin!
¡Buena mamarrachada está! Siempre lo tuve á usted por persona discreta, pero desde ahora lo considero un loco.
- MARTA ¿Sí, eh? Pues yo siempre lo he tenido á usted por un moscón insoportable, y cada día me afirmo más en mi opinión, que es la de todos los presentes. (Sueltan todos la carejada.)
- REQ. Calma, calma. El chiste injusto arrolla por el momento, pero no resiste el análisis. Vamos á almorzar, y de sobremesa discutiremos sobre el matrimonio, sobre mis tabarras y sobre el nido.
- TER. (No hay quien pueda con él.) (Al público.)
De todas las opiniones
por la tuya me decido,
que no admite apelaciones...
Tus palmas serán razones
para defender el nido.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

- Esgrima y amor*, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés. (2.^a edición.)
La reja, comedia en un acto. (2.^a edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.^a edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés. (2.^a edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.^a edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.



Precio: 1,50 pesetas

1. La Most Loco
2. Manita, Mana
3. Menateruel
4. EL Nido
5. Latina de Juana
6. EL Niño Predigio
6. Novelera
7. Los Ojos de Luto
8. Los PÁPIROS
9. Pasionera
10. EL PATINILLO
11. EL PATIO
12. Pedro López

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.20
no.1-14

